Daniel Vidart

El mundo de los charrúas

Ediciones de
la Banda Oriental



Daniel Vidart

Nació en Paysandú (1920). Posteriormente se radica en Montevideo donde estudia antropología y desarrolla una amplia actividad docente en diversas instituciones de nivel universitario; asimismo ha realizado tareas de investigación y docencia en Chile y Colombia. Su tarea ha sido distinguida con diversos premios: Bartolomé Hidalgo, Morosoli de Oro y el reconocimiento del Ministerio de Educación y Cultura por "*su contribución al rescate y puesta en valor de las raíces de nuestra identidad*"

De su vasta obra publicada, destacamos los últimos títulos editados por Banda Oriental:

El rico patrimonio de los Orientales

La Trama de la identidad nacional

El Uruguay visto por los viajeros

El Mundo de los Charrúas

El Espíritu del carnaval


PARISSON
LIBROS

EL MUNDO DE LOS CHARRÚAS

Daniel Vidart

El mundo de los charrúas



Ediciones de la Banda Oriental

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.
Gaboto 1582 - Tel.: 408 3206 - Fax: 409 8138
11.200 - Montevideo, Uruguay.
www.bandaoriental.com.uy

Diseño de tapa: Fidel Sclavo

ISBN 9974 -1- 0418 -1

Tercera edición: setiembre 2010

Queda hecho el depósito que ordena la ley
Impreso en Uruguay

Para mi gente sanducera,
que me ha dado tanto

"Venía/no se sabe de dónde"

Si no sabía de patria sabía de querencias.
Lo encontró el español establecido;
pescador en los ríos, cazador en los bosques,
bravío en todas partes, y cerrándole el paso
con arreos de guerra, vivo o muerto,
siempre como un estorbo, siempre como una cuña
entre él y el horizonte.
Fernán Silva Valdés. (*El indio*, 1920)

No más de mil charrúas

[...]

En lo que informa á Vuestra Magestad que quatro ó cinco Naciones de Yndios infieles que habitan dichas Campañas, llamados Boanes, Charruas, Bojanes, y Yaros, y otros, llegaran al número de tres mil Yndios flecheros, padece equibocacion, y habla sin experiencia; porque estoy informado de personas fidedignas, principalmente de algunos religiosos graues, y doctos, que han viuido entre ellos predicandoles la fee, que apenas llegan a mil. La misma equibocacion padese en lo que añade, diciendo que estos Yndios, con el tiempo, se reduciran a nuestra santa fee catholica; porque son incombertibles, sin que se haya podido lograr fruto alguno, desde que se descubrieron, y poblaron estas Probincias, aunque continuamente se les á anunciado el Evangelio, por el celo infatigable de los Religiosos de la Compañía de Jesus: y la experiencia por lo general á mostrado en casi todas Yndias, que las Naciones fronterizas á los Españoles, jamas se reducen, por el implacable odio que contra ellos han concebido.

Carta de Balthasar García Ros a José García Inclán.
Buenos Aires, agosto 31 de 1721.

El ideólogo de la encerrona

Todos los medios están ya tocados: dos españoles acompañan a Adolfo que en el día está yá en Campaña con una Carreta cargada de Aguardientes, y me dará aviso luego que los haya reunido para que me aproxime con las gentes que los hemos de apresar, y en esa noche antes del acometimiento, haviendolos desarmado los cargará de bebida á fin de que al amanecer quando me arroje sobre ellos estén imposibilitados de fuga. Esto todo lo hemos tratado con la mayor reserva.

Nota del Coronel Jorge Pacheco al Virrey Marqués de Sobremonte,
Campamento de Tacuarembó Chico, enero 20 de 1806.

Mínimos, melancólicos trofeos

...mi estimado Julian, el dador te entregara una lansa un arco y carcajo con flechas un maso de ondas pa tirar la piedra una volas armas con q.e peliavan los charruas, una estera de junco q.e concistia su toldo q.e cargan las mujeres, un soveo q.e les servia de riendas laso &a. el quiyapi. Conserva esas memorias de esa`trivo Salvaje que ya no eciste yo no tengo amigo otra cosa q. ofreserte despues de mi eterna amista.

Carta del General Fructuoso Rivera al General Julián Laguna.
Río Negro, abril 15 de 1831.

Introducción

Reúno en este breve volumen la serie de artículos publicados en el Suplemento Cultural de *El Diario* a lo largo de los tres últimos meses del año 1995.

Los doce capítulos que integran *El Mundo de los Charrúas* se conservan tal cual se concibieron y escribieron originalmente; es por ello que mantengo los subtítulos, cuyas pausas permiten respirar, conjuntamente, al discurso y al lector. Deliberadamente, como podrá comprobarse, dejé de lado la erudición y el aparato académicos. De tal modo he intentado lograr, a la vez, una útil recopilación documental y un análisis conceptual accesible a todos los interesados en el tema. Me hago la ilusión de que este material será bienvenido en los medios pedagógicos, especialmente en los niveles de educación primaria y secundaria, donde a menudo se tergiversan la prehistoria y la etnohistoria del área rioplatense, quizá por la carencia de textos adecuados y de idoneidad en materia antropológica.

Deseo expresar mi público reconocimiento a los méritos del repositorio sobre la guerra de los charrúas reunido en un libro homónimo por Eduardo Acosta y Lara; su completo archivo documental ha inspirado e iluminado los capítulos finales de mi estudio. Del mismo modo señalo la inteligente labor desarrollada por un antiguo discípulo y actual *confrère*, el brillante antropólogo Renzo Pi Hugarte. Su reciente libro sobre *Los indios del Uruguay* constituye una estimulante, removedora y valiente contribución científica cuyo contenido –rematado por una completa cuanto razonada bibliografía, de obligatoria consulta– consultarán con provecho quienes se interesan por nuestro pasado indígena. Estas dos obras básicas logran en relati-

vamente pocas páginas lo que una multitud de ensayos, manuales y breviarios (que a veces riman con disparatarios) consagrados a los charrúas y otros grupos aborígenes no han podido conseguir en el curso de profusas y a menudo confusas publicaciones.

Estoy en deuda con ambos trabajos, que considero a todas luces fundamentales, y quiero aquí señalarlo muy vivamente. De todo lo demás –la meditación y la pasión, el encomio y el chicote, la personalidad del estilo y el empuje criollo de la atropellada– me hago totalmente responsable, y de tal modo lo certifican el cuerpo y el alma de este libro.

He querido decir, desde lo hondo de un espíritu que no sabe callar, todo lo que pienso y siento sobre el históricamente abolido y simbólicamente vigente mundo de los charrúas.

Ojalá que este pensar y este sentir caminen de mano en mano y de mente en mente en la rueda grande de los compatriotas más jóvenes, a quienes ofrezco este sencillo y a un tiempo insumiso mensaje.

El autor

I. Los nichos espaciales

A medida que la civilización científico-técnica desencadenada en la segunda mitad del siglo XX impone a las culturas nacionales el común denominador de sus artefactos y mentefactos, convirtiendo así a todo el planeta en el escenario de una sociedad consumista homologada por la informática y el mercado, los pueblos del mundo buscan, a veces con una desesperación que da alas a los fundamentalismos, las raíces antepasadas de sus modos de ser y de pensar, los signos y símbolos de sus elusivas identidades. El Uruguay no ha escapado a los dictados del aire del tiempo. Intelectuales, artistas, gobernantes y gentes del común tratan de encontrar en el pasado –y no en cualquiera, sino en el de la arcaica Banda Oriental– las raíces de nuestra personalidad de base, las fuentes genuinas de nuestras concepciones del mundo y conductas cotidianas. Para no convertirnos en una muchedumbre de autómatas que contemplan los mismos programas de TV y sintonizan los mismos informativos radiales y visten idéntica ropa y escuchan las mismas audiciones de rock y ostentan –cuando pueden– los mismos automóviles fabricados en serie, tal cual hoy se estila en los distintos órdenes de la industria material y cultural, es que intentamos dar este salto en el vacío de la historia para remitirnos así a nuestros orígenes americanos. De tal modo, al adquirir por los rasgos que nos diferencian del Otro y, a la vez, exhibirlos e ilustrarlos, procuramos esclarecer lo que antes ignorábamos, o desdeñábamos, que es la misma cosa, acerca de las indianidades del lejano ayer. Mediante esta operación del espíritu, conscientemente emprendida en plena edad poscriolla, cuando ya se han digerido los legados de la

orientalidad y la uruguayeidad, remontamos la corriente que pasaba por el puerto neocriollo de los artesanos del tango y, empeñosamente, vamos más allá de la ruralia paleocriolla que había acuñado las figuras del "campestre" de Azara, del "mozo suelto de la campaña" de Artigas y del gaucho de los partes policiales convertido en Robin Hood por la leyenda.

Entonces, casi desnudos en la intemperie genealógica de una América profunda que nos niega autenticidad y solera, rastreamos las antepasadas huellas indígenas y les pedimos a los fantasmas de aquellos aborígenes escopeteados, atropellados y humillados, la sangre de sus cuerpos y la rebeldía de sus espíritus. Finalmente, una vez efectuada esta operación nostálgica –al cabo una especie de trampa al solitario jugado con un naipe europeo– nos proclamamos, con autoritaria autodeterminación, los genuinos descendientes de la garra charrúa.

Entre la realidad y el mito

Pero ¿hasta qué punto podemos reivindicar los uruguayos el ancestro charrúa? ¿No existen, numérica y culturalmente hablando, otras raíces indígenas más significativas en la génesis del imaginario colectivo criollo? ¿No será más metafórico y voluntarista que real el entronizamiento de un charruismo cuya casi invisible hebra se pierde en el *collage* de nuestra colcha de retazos nacional, ya se la considere desde el punto de vista demótico, ya desde el punto de vista étnico? Y de ser importante la aportación charrúa, ¿en qué sentido se le puede conceder fuerza, legitimidad y permanencia? Este es un tema que merece un examen serio porque constituye el obligado santo y seña para una pujante porción del pueblo uruguayo integrada por sedicentes vanguardias políticas y culturales que, tras romper el cerco antropológico de los ojos azules y los cabellos rubios heredados de los abuelos italianos o gallegos,

emprende una huida hacia el pasado en pos del vellocino de una quimera.

Para moderar este desmedido ejercicio nostálgico y poner las cosas en su lugar nada sería mejor que ofrecer una semblanza accesible y a la vez verosímil de la macro etnia charrúa. En tal sentido, y poniendo manos a la obra, en este primer capítulo vamos a pasar revista a la proveniencia, ubicación y cantidad de los pobladores indígenas afincados en la Banda Oriental en el momento de la Conquista. El más numeroso y notorio de dichos contingentes aborígenes era, como se sabe, el de los charrúas.

La población indígena en el siglo XVI

Los autores de los textos escolares y liceales no se han preocupado demasiado por los caudales demográficos de las parcialidades indígenas existentes en la Banda Oriental durante los siglos XVI, XVII y XVIII. La población nativa asentada en estas comarcas era numéricamente muy escasa pese a la relativa abundancia de grupos tribales. En consecuencia, tal hecho merece ser incisivamente destacado para evitar exageraciones y deformaciones históricas.

Como un enorme *cul de sac*, nuestro territorio, rico en piezas de caza y de pesca, albergaba en su espacio nutricio a poblaciones de razas pámpida, amazónida y láguida, amén de algunas poblaciones mestizadas.

La macroetnia charrúa comprendía a los charrúas propiamente dichos y a los minuanes, bohanes y guenoas; los yaros quizá tenían origen kaingang; los chaná-timbú-beguá eran, posiblemente, el producto de reiterados mestizajes y aculturaciones entre pámpidos y láguidos; los guaraníes del litoral oeste y los tupi-guaraníes del este pertenecían a los amazónidos, también llamados brasílidos, y los arachanes, que jamás poblaron otro

territorio que no fuera el de la imaginación, no son otra cosa que un ectoplasma histórico, o sea un invento, como tantos otros, de Ruy Díaz de Guzmán (1612).

Hablo, claro está, de los indios existentes en el momento de la conquista, iniciada con el establecimiento de San Lázaro (1527), un fortín minúsculo fundado por los expedicionarios de Gaboto en el actual departamento de Colonia. A partir de esa fecha comienzan los choques entre charrúas y europeos, que recién iban a finalizar con las matanzas de Salsipuedes y Mataojo (1831). O, si se prefiere, con la revancha de Yacaré Cururú (1832).

No más de dos mil indios de armas

Los estudiosos de la paleohistoria dedicados al tema demográfico calculan que los grupos recolectores, cazadores y pescadores requieren 200 quilómetros cuadrados de territorio por cabeza para obtener sus alimentos.

Si aplicamos este canon a los más de 200.000 quilómetros cuadrados de una Banda Oriental que por lo menos llegaba hasta el río Ibicuy, ya que los indios no reconocían fronteras políticas que limitaran sus desplazamientos, la cifra no iría más allá de los 1.000 indígenas. Suponiendo que los chaná-beguá-timbús del litoral del Uruguay, asentados en sus incipientes plantíos, contaran con una densidad mayor de población –y dejo de lado a los guaraníes pues es casi seguro que éstos, por lo menos en lo que atañe a nuestro territorio, llegaron como canoeros, como "corsarios de los ríos", y no como plantadores de mandioca–, podemos conceder que la población indígena total oscilaba entre 5.000 y 6.000 almas.

Y nada más, porque los recursos alimenticios no podían dar de comer a un mayor contingente humano sin que éste cayera en la hambruna, tradicional resorte de los movimientos migratorios.

La etnia charrúa, por lo consiguiente, debe ser estimada en alrededor de 3.000 y 4.000 integrantes –guerreros, mujeres, ni-

ños, ancianos–, número que tal vez aumentó, pero no mucho, cuando los ganados cimarrones se adueñaron de las cuchillas.

Y si esta cifra sorprende, recuérdese que los primeros cronistas e historiadores consideraban el centro de la Banda Oriental como un desierto vacío de hombres. Esto no era tan así: nuestros indígenas, aunque con menor concentración que en los litorales, nomadizaban intensamente por el interior del país y se desbordaban por el Brasil meridional y la Mesopotamia argentina.

De todos modos, lo admirable es que estos pocos charrúas, cuya fuerza de combate comprendía la mitad de la población total, sostuvieran durante tres siglos (1527-1831) una guerra de resistencia al invasor que, según la estimación de Azara, sin duda exagerada, provocó más muertes entre los españoles que las acaecidas durante las campañas de México y Perú, imperios poblados por millones de habitantes.

Los antepasados de los charrúas

Los charrúas no poblaron desde siempre nuestro territorio. En tanto que representantes de la raza pámpida pisaron por primera vez nuestras cuchillas alrededor de 1.500 años antes de la Era Cristiana. Y tampoco estuvieron sempiternamente asentados en una zona determinada. Eran nómadas y tanto la búsqueda de alimentos como las luchas con otras tribus indígenas y los soldados europeos, amén de los choques con los guaraníes reducidos en las Misiones, cuyos ejércitos eran en ocasiones "prestados" a los españoles –el sitio a la Colonia do Sacramento y otros episodios de guerra así lo certifican– los obligaron a continuos y a veces muy largos desplazamientos.

Los charrúas, en consecuencia, y esto debe quedar muy claro, no eran originarios de la Banda Oriental. No habían nacido en ella como los árboles de su flora o los animales de su fauna.

Los integrantes de la macroetnia charrúa

Vinculados genéticamente con los indios asentados desde hacía casi diez milenios en la Patagonia, que a sí mismos se llamaban los *chonik*, es decir los hombres verdaderos, eran los directos descendientes de antiguos pobladores adaptados a los rigurosos climas del embudo austral de Sudamérica.

Los primeros inmigrantes charrúas cruzan las restingas del río Uruguay en tiempo de bajante, del mismo modo que otros grupos de sus hermanos de raza ocupan gradualmente, a partir del corazón de la Patagonia, poblado por los tehuelches originarios, los espacios vacíos de un ventoso *hábitat*.

Desde ese hogar patagónico, otrora meta terminal de inmigrantes asiáticos venidos, a través del puente de Bering, desde Siberia, los onas australes se dirigieron a la Tierra del Fuego al par que, norte arriba, se iban escalonando los puelcheguenaken del Neuquén, los pampas de las llanuras argentinas, los charrúas de la Mesopotamia entrerriano-correntina y la Banda Oriental y los gaycurúes del Chaco, cuyas avanzadillas se internaron en el lejano Mato Grosso.

Los nichos ambientales

El área habitada por los charrúas en la Banda Oriental ocupaba amplias zonas del territorio. Dotados con el equipo tecnológico de los cazadores superiores –arcos y flechas, venablos, mazas, boleadoras– formaban bandas integradas por unas pocas familias cada una. Estas hordas itinerantes vaciaban de alimentos las marsupias de los bosques, atravesaban las praderas ricas en ñandúes y venados, y cuando los lobos marinos colmaban los espigones oceánicos, se dedicaban a su matanza. Debemos recurrir a nuestra imaginación para reconstruir mentalmente lo que serían aquellos fantásticos banquetes a orillas del Atlántico.

Los charrúas vivaqueaban también en el territorio riograndense, en la zona situada en el meridión de los cursos de los ríos Ibicuy y Camacuá. Dentro de la Mesopotamia argentina desplegaban sus artes de caza al sur de Yapeyú y hacia el oeste no iban más allá de los límites impuestos por el río Gualeguay.

Sin embargo, a partir del siglo XVII algunos grupos habrían llegado hasta la bajada del Paraná y, dato que pocas veces se tiene en cuenta, en el siglo XVII el grueso de los charrúas propiamente dichos *abandona* nuestra Banda y se instala en Entre Ríos y Santa Fe. Más tarde, durante los siglos XVIII y XIX retornarán lentamente, en un movimiento de reflujo que los documentos no registran de modo explícito.

Las parcialidades tribales

Como se nos dice y repite a partir de los bancos de la escuela, la macroetnia charrúa estaba integrada por varias parcialidades, las cuales compartían parecidas costumbres e idénticas actitudes guerreras. Estas eran, además de los charrúas propiamente dichos, las comunidades indígenas integradas por los minuanes, guenoas, bohanes y yaros.

Sobre estos últimos hay distintos pareceres dado lo escaso y aun contradictorio de los datos informativos, circunstancia que influye en el carácter errático, y necesariamente provisorio, de las interpretaciones.

Pero advirtamos desde ya que estos conos de sombra ocultan el cabal conocimiento de *absolutamente todos* los pueblos indígenas, chapuceramente descritos cuando no caricaturizados por los prejuicios etnocéntricos de los conquistadores y colonizadores, quienes, por añadidura, al desconocer las lenguas aborígenes, les endilgaban nombres groseramente trabucados, o simplemente inventados.

A los charrúas, valga el ejemplo, se los denominó *jacroas* (término que también puede servir para designar a los yaros), *churruchíes, zechurrúas, charruases, charrucas*, etc. Pero no se sabe cómo se llamaban a sí mismos.

Y ni qué decir de las lagunas y puntos suspensivos que dificultan la reconstrucción de las neblinosas etapas de la prehistoria de la cuenca platense anterior a los charrúas, donde se halla incluida la de la Banda Oriental.

Guenoas y minuanes

Guenoas y minuanes, según la opinión de Lothrop, no formaban parcialidades distintas sino que deben sus nombres a las interpretaciones fonéticas o gráficas de los españoles. El Padre Lozano constituye con ellos una sola entidad tribal y afirma que "los españoles de Santa Fe y Buenos Aires les solían llamar, corrompido el vocablo, Minuanes".

Canals Frau, luego de haber examinado las fuentes coloniales, se pronuncia por el vocablo *guinuanes,* el cual, más que un centauro lingüístico, parece haber sido el primitivo y verdadero nombre de esta parcialidad.

El *hábitat* inicial de los minuanes era la zona sur de Entre Ríos, si bien no llegaron a ocupar las islas del delta del Paraná. D'Orbigny señala que en 1730 los minuanes pasaron a los campos orientales del río Uruguay, donde se reunieron con los charrúas y combatieron a los españoles que, luego de la fundación de Montevideo, los rechazaron tierra adentro.

Canals Frau expresa que "ni en la temprana documentación histórica ni en la correspondiente cartografía aparecen los nombres guenoas o minuanes" y que su primera mención corresponde a principios del siglo XVIII.

La razón de esta ausencia reside en el hecho de que los minuanes eran originariamente indios mediterráneos, que mo-

raban en el carozo interior de las tierras del territorio charrúa. En efecto, por el Padre Nussdörfer sabemos que los guinuanes tenían sus lugares sagrados en una zona que hoy se encuentra al norte de la frontera uruguaya, en tierras de Rio Grande do Sul.

Posteriormente, una vez que los charrúas se hubieran pasado a la región mesopotámica argentina, lo cual ocurrió en la segunda mitad del siglo XVII, "los guinuanes se corrieron hacia el sur y ocuparon las tierras que habían quedado libres".

Cuando se produjo esta especie de ósmosis provocada por el traslado de los charrúas desde la Banda Oriental hacia la Mesopotamia argentina y de los minuanes –o guinuanes– desde la Mesopotamia argentina y sur del Brasil hacia la Banda Oriental, comenzaron a surgir entre aquellos algunos grupos tribales hasta entonces inexistentes o no registrados, como los martidanes, los manchados y los guayantiranes, quienes realizan sus correrías en los campos de Corrientes y Entre Ríos.

Algunos autores suponen que los guenoas existían realmente y que fueron absorbidos por los minuanes. Tanto Hervás como Techo los ubican al sur de las misiones jesuíticas, a lo largo de la ribera izquierda del río Uruguay, que era la correspondiente a la Banda Oriental.

En el primer tercio del siglo XVII fueron catequizados algunos guenoas y a fines del mismo se constituyó una reducción de vida efímera. Más tarde, en 1715, se los ve luchar contra los charrúas, los yaros y los bohanes en estrecha alianza con los guaraníes.

Lozano agrega que durante la guerra guaranítica, proceso que removió a los pueblos indígenas de sus hogares tradicionales, los guenoas se desplazaron hacia el sudeste de nuestro territorio, estableciéndose en el actual departamento de Rocha, en la zona donde hoy se asienta Castillos. El nombre guaraní *guenoa* quiere decir los caminantes, los vagabundos, y es posible que se aplicara a aquellas tribus de la parcialidad minuana

desgajadas de los antiguos cotos de caza por la diáspora de los siglos XVII y XVIII.

Los bohanes litoraleños

Los bohanes formaban un pequeño grupo de indios que ocupaban el curso inferior del río Uruguay, aguas arriba de la barra del río Negro. Algunos contingentes nomadizaban en el lado argentino aunque parece que el hogar originario se encontraba en la Banda Oriental. El demarcador Aguirre dice en su *Diario de Viaje* que un número bastante elevado de bohanes –también se escribía *mojanes y mboanes*– pasó a integrar la grey catequizada de la reducción franciscana de Santo Domingo de Soriano. La persecución de los españoles y la guerra con otras parcialidades indígenas fueron diezmando a los bohanes, cuya lengua, según Azara, era distinta a la de los charrúas.

Los enigmáticos yaros

Tradicionalmente se ha considerado a los yaros como integrantes de la nación charrúa. Canals Frau, en cambio, los entronca con los *kaingangs* que habitaban la Mesopotamia argentina y los hace descender de los antiguos *cainaroes*. Es una hipótesis digna de ser considerada. Sepp había observado su corta estatura –los charrúas, pertenecientes a la raza pámpida, eran altos y hercúleos– y Azara señaló que su lenguaje difería del de los demás indios.

No iban más allá de las cien familias, tal vez asentadas entre los ríos San Salvador y Negro, aunque se les atribuye también una ubicación más al norte. Pero la referencia a su lugar de residencia no reviste, en esta coyuntura, mayor entidad. Lo cierto es que hacia mediados del siglo XVIII ya no figuran en nuestro territorio.

II. Tipos humanos: la descripción de los primeros cronistas

¿Cómo era el aspecto físico de los charrúas? ¿Qué estatura tenían? ¿La pigmentación de su piel tendía hacia el tono bronceado o al oscuro, o aun muy oscuro como afirman ciertos testimonios? ¿Sus cráneos eran alargados (dolicocéfalos) o redondeados (braquicéfalos), altos (hipsicéfalos) o bajos (platicéfalos)? ¿Qué relación existía entre el tamaño del tronco y el largo de las piernas? ¿De qué color eran sus ojos? ¿Tenían pelo liso, recio y negro como narran las crónicas? ¿El dimorfismo sexual era pronunciado o muy tenue?

Estas preguntas referidas al porte y estructura del cuerpo, forma de la cabeza y rasgos del rostro de dichos indios, han sido parcialmente contestadas por los antiguos cronistas. La despreocupación, la ignorancia y el desprecio, esto es, las habituales actitudes descalificadoras del europeo hacia los nativos del Nuevo Mundo, los cuales fueron considerados como "animales de primera categoría" por el naturalista Buffon en pleno siglo XVIII, apenas si nos han dejado un esbozo del indígena que los exploradores españoles y portugueses de la primera hora hallaron en nuestro territorio.

Imprecisión, ignorancia, desdén

Los "descubridores" recién llegados a nuestras costas en busca del paso interoceánico –Magallanes– o tras la Sierra de Plata –Gaboto–, no sabían a ciencia cierta con qué indígenas estaban tratando. Ninguno de los primeros expedicionarios, comenzando por los compañeros de Solís y continuando con los magallánicos y gabotianos, pudo afirmar con suficientes prue-

bas qué tribu o parcialidad o etnia mató al Piloto Mayor y si efectivamente fue devorado acto seguido, no obstante la espeluznante descripción del Padre Lozano, escrita a mediados del siglo XVIII.

Algunos historiadores que narraron el hecho mucho después de acaecido atribuyen ese festín carnívoro a los charrúas, quienes jamás fueron antropófagos. El testigo directo que pudo haber realizado una completa y fiel descripción de quienes ultimaron a Solís, y no lo hizo, fue el aindiado grumete Francisco del Puerto. Este único sobreviviente de la matanza, compartió largos años con los habitantes de las islas diseminadas en el delta del Paraná –los guaraníes carios– sin que ello hubiera supuesto la condición de cautivo o de candidato a la comilona. En efecto, nadie se lo engulló ni le impidió que saliera al encuentro de Gaboto y lo enfrentara cuando este atacó a los guaraníes.

Lamentablemente este observador participante de primera mano, no pudo o no quiso, que se sepa, dejar ningún tipo de información a la posteridad. Su silencio se llevó a la tumba un esclarecedor testimonio.

Finalmente debe agregarse que el pretendido canibalismo guaraní, cuya práctica masiva ha sido puesta en duda por algunos avisados antropólogos (W. Arens), no se practicaba *in situ*, luego de las acciones guerreras. A los muertos en combate se los comían las alimañas y los sobrevivientes prisioneros, destinados al festín ritual, eran "cebados" durante largos meses y de algún modo "consentidos" –tenían acceso a las mujeres–, para ser sacrificados luego en medio de una complicada ceremonia donde la transustanciación y la transespiritualización iban de la mano.

En los diarios de navegación de los marinos recién llegados, tributarios de los dimes y diretes que corrían de boca en boca, la mayoría de las veces descabalados y tergiversados, se acumulan parciales y vagas noticias sobre gentes nativas ape-

nas entrevistas, y a tal punto, que los actuales intérpretes de aquellos imprecisos testimonios –al cabo pescadores en aguas revueltas– se pierden en un mar de hipótesis. De tal modo se ven obligados a suponer que los madrugadores nautas del siglo XVI se habían topado con tales o cuales indígenas, dados los lugares de desembarco o las características físicas o culturales descritas. A partir de estos adivinadores de enigmas y sus encontradas respuestas, se encendieron querellas, que hoy aún perduran, en derredor de datos iniciales singularmente vagos, cuando no fantasiosos (Del Barco Centenera), y posteriores interpretaciones antojadizas, como fueron las de Díaz de Guzmán, José de Guevara y otros. En definitiva, todo es tan incompleto, tan indefinido, que poco o nada puede decirse acerca de los caracteres corporales de las distintas tribus que salieron al paso de los frustrados conquistadores del siglo XVI desembarcados en nuestros litorales.

El testimonio inicial

Ciertos historiadores tienen la reprobable costumbre de citar de segunda mano las transcripciones efectuadas por investigadores laboriosos, sin molestarse en acudir a las fuentes. Y cuando recurren a dichas fuentes, a veces poco accesibles, sucede que en la mayoría de los casos, con ingenua buena fe, quedan prisioneros del prestigio de la pluma de ganso o de la magia del documento: al encontrarse con los desvaídos rasgos de una escritura apenas legible, o las cuartillas amarillentas de un antiguo libro, repiten lo expresado sin hacer concesiones al beneficio de la duda, y atribuyen veracidad absoluta al "testimonio" trasmitido por las "autoridades".

Veamos un ejemplo. Se sabe que Antonio Pigafetta, el *patrizio vicentino* –como gustaba autodenominarse– que acompañó a Magallanes y al sobreviviente Elcano en la primera cir-

cunnavegación al mundo, fue sin duda el autor de la primera descripción de un indígena de estas latitudes. Al llegar en enero de 1520 al que es hoy el departamento de Colonia se produce un episodio que es narrado de este modo en el *Primer viaje alrededor del mundo*:

"Continuando después nuestro camino, llegamos hasta el grado 34, más un tercio, del Polo Antártico, encontrando allá, junto a un río de agua dulce, a unos hombres que se llaman 'caníbales' y comen carne humana. Se acercó a la nave capitana uno de estatura casi como de gigante para garantizar a los otros. Tenía un vozarrón de toro. Mientras éste permaneció en la nave, los otros recogieron sus enseres y los adentraron más en la tierra, por miedo a nosotros. Viendo lo cual, saltamos un centenar de hombres a tierra en busca de entendernos algo, trabar conversación; por lo menos, retener a alguno. Pero huían, huían con tan largos pasos, que ni con todo nuestro correr podíamos alcanzarlos. Hay en este río siete islas. En la mayor de ellas encuéntranse piedras preciosas; se llama cabo de Santa María".

El primer indio que entra en la historia rioplatense, según esta relación, sería un caníbal, es decir, un guaraní. Pero entre los guaraníes, que son bajos y retacones, no hay individuos de estatura gigantesca. Esto sólo habría sido posible entre los charrúas, pertenecientes a la raza pámpida, cuya altura y belleza corporales fueron destacadas por los hombres de ciencia –Azara, D'Orbigny– que los describieron a principios del siglo XIX. Tampoco pueden descartarse los representantes de la etnia chaná-timbú-beguá, que eran altísimos.

De tal modo el cronista, que ya venía desde los puertos europeos –Magallanes zarpa desde Sanlúcar– con una buena carga de preconceptos y chismes a cuestas, sin conocer el idioma ni haber visto ninguna escena de antropofagia, les endilga lindamente a los indios costeros, acampados a orillas del Plata, la condición de comedores de hombres. Y acto seguido inven-

ta –o repite– que el cabo de Santa María, al que convierte en isla, es un yacimiento de piedras preciosas.

Pero el dato digno de ser retenido es el del aspecto colosal del indígena que subió a bordo, sobre cuyo destino posterior nada agrega el noble italiano. Sin duda se trataba de un charrúa pues muchos de sus representantes llegaron a tener un metro ochenta, y más, de estatura. Resta preguntarnos por qué corrían los europeos con tanta presteza tras de los indios (¿o las indias?) y por qué éstos, que siempre recibían con hospitalidad a los viajeros, como luego cuenta Lopes de Sousa, levantaron tan rápidamente sus bártulos y se tomaron las de Villadiego.

La narración de Lopes de Sousa

Un joven capitán de veintiún años, el portugués Pero Lopes de Sousa, incluyó en su *Diario de Viaje* importantes observaciones sobre los indígenas de nuestras comarcas. Arribó a un tormentoso Río de la Plata, donde las tripulaciones padecieron males sin cuento, hacia el año 1531. Bajó varias veces a tierra, trazó una emocionante pintura de la riqueza faunística de los campos vistos desde lo alto del Cerro de Montevideo y tuvo varias veces trato con los indios, que lo recibieron con muestras de afecto. Los investigadores de nuestros días se preguntan quiénes podrían ser los guaraníes, quiénes los beguáes y quiénes los charrúas, dado que el narrador no proporciona el nombre de las tribus y sólo detalla rasgos físicos y culturales. Pero si tenemos en cuenta la corpulencia y estatura prominente de los charrúas y beguaés, resultará relativamente fácil identificarlos.

El miércoles 25 de diciembre, cuenta De Sousa que "muchos hombres estaban casi muertos y no tenían fuerzas para andar; mandé llevarlos a cuestas al bergantín. Saltó el viento del lado del mar y me hice a la vela y casi de noche entré en el

río de los beguáes [el Solís Grande]. No teníamos qué comer y hacía dos días que la gente no comía. Muchos hombres quedaron tan desfigurados del miedo que no se les podía reconocer. Toda la noche llovió y venteó con tantos relámpagos y truenos, que parecía que se hundía el mundo". Este fragmento del Diario merecería un largo comentario. El descubrimiento de nuevas tierras no fue un juego de niños para los europeos bien armados pero inermes ante las acechanzas de una naturaleza desconocida y para colmo colérica. El hambre y el miedo acompañan a los navegantes, que sufren y tiemblan. La muerte, a miles de quilómetros de sus hogares, los ronda cotidianamente. Por cierto que el oficio de conquistador es duro. Quienes tienen la mano larga para robar y matar siempre están maduros para morir. Sus verdugos son los elementos desatados, la carencia de alimentos, un entorno extraño y hostil, la justa resistencia de los indígenas a los que procuran despojar y someter. En este caso los portugueses que traían retoños de caña de azúcar y venían a quedarse se limitaron –tempestades y naufragios mediante– a reconocer el terreno bañado por las aguas de un estuario codiciado. A partir de ese entonces, y tal vez antes aun, porque ya el Río de la Plata había sido visitado en más de una ocasión por marinos lusitanos, la geoestrategia imperial del reino enfila su codiciosa pupila hacia nuestro estuario, el que sería incorporado a los dominios de Portugal, aunque fugazmente, en los tiempos de la Cisplatina.

El encuentro con hospitalarios gigantes

Sigamos con el relato del capitán portugués: "Jueves 26 de diciembre; por la mañana abonanzó el tiempo, pero soplaba en sentido contrario a nuestro viaje; mandé un hombre por tierra a la Isla de las Palmas [Gorriti], donde Martín Alfonso [el hermano mayor de Pero y capitán general de la flota] estaba, a

decirle que si el tiempo seguía malo nos mandase alimentos pues teníamos gran necesidad de ellos. Este día no comimos más que yerbas cocidas. Mientras andaba por tierra en busca de leña para calentarnos fuimos a dar a un campo con muchos palos que me pareció a primera vista una trampa para cazar venados, y después vi muchas cavidades oscuras que estaban dentro del cerco de las redes; vi entonces que eran sepulturas [desdichadamente no aclara si estaban rodeadas de piedras, característica ésta propia de los charrúas]; todo cuanto el muerto tenía lo ponían sobre su tumba; las pieles con que andaban cubiertos, las mazas de palo [macanas] y azagayas de palo tostado [endurecido por el fuego], las redes de pescar y cazar venados, todo estaba en torno de su sepultura. Hubiera querido mandar abrir las tumbas [¿para qué?, ¿para saquear sus posibles riquezas?] pero tuve miedo de que acudiese gente de tierra y lo tuviese a mal. Habría aquí unas treinta tumbas. Por no poder hallar otra leña [¿estaba mojada?, ¿no servían para hacer fuego las ramas verdes de los arbolillos de los bosques serranos o se encontraban en los inmensos arenales que por entonces circundaban al Solís Grande?] mandé sacar los palos de las sepulturas [terrible sacrilegio] y los mandé traer para hacer fuego y comer dos venados que matamos, con lo que la gente quedó muy consolada. Las gentes de esta tierra [que en la narracción aparecen de pronto, pero cuyo encuentro se realizó dentro de un ceremonial, la salutación lacrimosa, que narra luego] son hombres muy robustos y grandes [evidentemente charrúas]; traen el cabello largo; algunos se horadan las narices y en los agujeros traen metidos unos pedazos de cobre muy brillante [rasgo cultural característico de los kaingang o los beguáes]; todos andan cubiertos de pieles; duermen en el campo donde les anochece; no llevan otra cosa consigo que pieles y redes para cazar; usan como arma una pelota de piedra [boleadora] del tamaño de la bala de un falcón [pequeña pieza de artillería que disparaba "pelotas" de piedra pulida y no

proyectiles metálicos] y de ella sale un cordel de una braza y media de largo y en el extremo lleva una borla grande de plumas de avestruz; y tiran de ella como con honda [semejante a la de los honderos baleares o a la de David y no a la de horqueta y goma que usan los niños]; traen unas azagayas hechas de palo y unas porras de palo de un codo de largo [unos 50 cm]. No comen más que carne y pescado; son muy tristes y la mayor parte del tiempo lloran. [Se trata de un llanto ceremonial de bienvenida; según se verá en la pág. 34, los indígenas no eran tristes y llorones en circunstancias de la vida diaria ajenas a esta norma dictada por la etiqueta]. Cuando muere alguno de ellos según el parentesco, así se cortan los dedos; por cada pariente una articulación; vi que muchos viejos no tenían más que el dedo pulgar. Su habla es gutural como la de los moros. Cuando nos venían a ver no traían ninguna mujer consigo [los rijosos marinos andaban a la caza de fresca carne femenina, de ahí la observación del joven portugués]; no vi más que una vieja que en cuanto se acercó a nosotros se echó al suelo de bruces y no levantó el rostro; con ninguna cosa nuestra se alegraban, ni se mostraban contentos con nada [eran insobornables aquellos sobrios indígenas que se conformaban con lo suyo, lo necesario, y no ambicionaban lo ajeno, lo superfluo]. Si traían carne o pescado nos lo daban gratis y si les daban alguna mercancía no se alegraban: les mostramos cuanto traíamos; no se espantaban ni tenían miedo de la artillería, pero suspiraban y no daban más que muestras de tristeza; me parece que no se divertían más que con eso".

Síntesis de las observaciones

Las observaciones de Lopes de Sousa, que no se leen ni comentan en las escuelas y en los liceos con la frecuencia e intensidad pedagógica que merecen, dan para un largo comentario.

Abreviándolo se puede destacar:

1. los adornos de cobre en la nariz pueden ser un rasgo trasculturado o, efectivamente, había beguáes mezclados con los charrúas. Este es un detalle que se olvida a menudo: los indios de la Banda Oriental, Mesopotamia argentina y Río Grande del Sur tenían múltiples contactos pacíficos, comerciaban entre sí, efectuaban alianzas de todo tipo entre ellos y habían adoptado el guaraní como lengua general, de entendimiento muto;
2. los recién llegados europeos son tratados con amabilidad y alimentados por los indígenas;
3. ni las chucherías regaladas por los portugueses ni sus armas de guerra hacían mella en los charrúas: no los tentaban las unas y no los amedrentaban las otras;
4. los pobladores de las márgenes del río de los beguáes (Solís Grande) ostentan una elevada estatura y gran vigor corporal, detalle que los incluye en el grupo racial de los pámpidos, al que pertenecían los charrúas, o de los beguáes, mestizos "metamórficos". Acosta y Lara piensa que estos indígenas pudieran ser de la etnia kaingang o guayaná; tanto su estatura, no tan elevada como la de los pámpidos puesto que los primitivos integrantes del pueblo *gê-tapuya*, los despreciados *bugres*, eran láguidos, así como lo gutural de su lengua, permitirían dudar de dicha conclusión.

El aspecto corporal de los charrúas comienza a dibujarse, al modo de una crisálida salida lentamente de las brumas que rodean a las informaciones parcas y a veces erradas de los primeros cronistas.

Pigafetta, como se pudo comprobar, es muy poco explícito; Lopes de Sousa, mucho más rico y hondo, nos ofrece, a flor de realidades, una semblanza cálida y sin duda valedera. Pero vendrán otros cronistas y otras descripciones. Las iremos analizando de a poco, gustándolas en sus propias fuentes y juzgándolas a la luz de los elementos críticos que nos proporcionan la etnohistoria, la antropología física y la antropología cultural.

III. El tipo racial pámpido

No hay en América un solo tipo indígena. Carece de razón, pues, el dicho "Visto un indio, se han visto todos". Existen diferencias notables entre los grupos raciales –o somáticos, ya que la voz raza tiene desdichadas connotaciones– que poblaban, y aún pueblan, el mal llamado Nuevo Mundo, en lo que atañe a la estatura, forma del cráneo, coloración de la piel, estructura del cuerpo y rasgos faciales. Nuestros charrúas pertenecían a la llamada raza pámpida, los kaingang a la raza láguida (cuyo probable ascendiente sería el hombre de Lagoa Santa, con caracteres melanesoides), los guaraníes a la amazónida o brasílida. Por su parte, los chanátimbú-beguá serían mestizos de pámpidos y láguidos, ya que comparten la elevada estatura de los primeros con los cráneos altos, o hipsicéfalos, de los segundos.

Pero en Sudamérica existen también representantes de otros grupos raciales que no llegaron, por lo menos en forma masiva, hasta la región rioplatense. Dichos grupos son los ístmidos, los ándidos, los fuéguidos y los huárpidos. Los antropólogos Imbelloni y Canals Frau han proporcionado buenas descripciones de la somatología (el *soma* es el cuerpo, la *physis* humana) de cada uno de estos grupos y a ellas remito a los lectores interesados. En esta ocasión solamente pasaremos lista a los caracteres raciales de los pámpidos, grupo donde figuran los charrúas.

Los pámpidos

Los charrúas pertenecían a la raza pámpida (la raza *pampéene* según d'Orbigny) y como tales deben ser conside-

rados. Esta raza era la más alta, vigorosa y bien proporcionada entre todas las anteriormente citadas. El *hábitat* de las diferentes tribus pámpidas ocupaba la zona del embudo austral de Sudamérica que se extendía entre las montañas andinas y el Atlántico. Por el norte se desprendía una avanzada hasta el Mato Grosso, donde aún residen los bororos. Luego, de modo continuo, ocupaban –y sus restos se hallan todavía en algunos de esos lugares– los bosques y las sabanas chaqueñas, las pampas húmeda y seca, la Banda Oriental y parte de Rio Grande do Sul, las estepas y mesetas escalonadas de la Patagonia y el norte de la Tierra del Fuego.

La estatura de los pámpidos debe catalogarse entre alta y altísima puesto que los varones miden promedialmente desde 1,70 m en el Chaco hasta 1,83 m en la Patagonia. Entre los patagones recientes el cráneo, sometido a prácticas de deformación, aparece como braquiomorfo (redondeado), pero en los antiguos esqueletos preservados en las tumbas revela caracteres dolicomorfos (alargados), tales como son los cráneos de los ona, ya extinguidos, y de los pueblos chaqueños, cuyas penurias económicas, sociales y culturales los han degradado y marginalizado en grado sumo. El índice cefálico varió en el sur, y, según la hipótesis de J.I. Muñoa, habría también variado en la Banda Oriental a consecuencia de la invasión de las pampas por contingentes de braquioides andinos –los araucanos– durante los siglos XVII y XVIII.

Los antropólogos físicos contemporáneos describen los caracteres genéricos que distinguen a la raza pámpida del siguiente modo:

"El cráneo es voluminoso y presenta con frecuencia un elevado espesor óseo y notable peso, especialmente en los grupos macrosomáticos conservados en el sur; los pómulos son poderosos y el mentón grueso y saliente; la cara es alargada y el índice nasal leptorrino (nariz estrecha y larga). La construcción del esqueleto es maciza, a veces enorme. Al lado de este canon

macrosomático algo grosero, hay que tener en cuenta las proporciones recíprocas de los miembros, que señalan una notable armonía. El corte atlético y el equilibrio de las masas musculares hacen del pámpido uno de los más soberbios modelos del organismo humano. En cuanto a la fisonomía, no existe casi dimorfismo sexual, y los hombres muy poco se distinguen de las mujeres. Color cutáneo de pigmentación intensa, con reflejos bronceados. Iris oscuro; pelo duro y liso". Esta caracterización, ya clásica, del Dr. José Imbelloni, fue realizada en 1948 (De Historia Primitiva de América. Los grupos raciales aborígenes. *Cuadernos de Historia Primitiva*, Madrid). Según dicha descripción somática los charrúas, a los que este antropólogo no conoció, habrían sido hombres atléticos, de armoniosas proporciones, a semejanza de los sobrevivientes de aquella macroetnia de cazadores y recolectores cuyos restos, degradados y en vías de extinción, perviven en las zonas periféricas de la cuenca rioplatense.

Quienes conocieron de cerca a los charrúas y tribus afines pintan de modo semejante a los ejemplares humanos que formaban parte de las bandas de cazadores, tardíamente convertidos en jinetes, en perpetua lucha contra los representantes de los imperios transmarinos. A ellos voy a referirme de inmediato.

La semblanza de Dom Antoine-Joseph Pernetty

Cuando en 1763 el benedictino Dom Pernetty, que integraba la famosa expedición de Bougainville, llegó a Montevideo, tuvo la oportunidad de conocer a los indios minuanes, integrantes de la etnia charrúa. En su *Histoire d'un voyage de Bougainville*, etc. (1769), expresa lo siguiente sobre aquellos: "Un día que estábamos en la Casa de Gobierno se presentaron cuatro indios. No bien el Gobernador advirtió su llegada hizo cerrar las puertas de sus habitaciones y al preguntarle nosotros la razón de ello nos respondió que si entraban los indios las

salas quedarían durante ocho días impregnadas por el tufo que traían. Dicho tufo, que se adhiere a las paredes, proviene de un aceite infecto con el que se untan el cuerpo para preservarse de los insectos [...] En otra oportunidad, cuando estábamos con el Cura, se nos advirtió que se aproximaba un grupo formado por ocho o nueve indios, hombres y mujeres. El Escribano de nuestra Fragata comía un pedazo de pan junto a la puerta y uno de los indios se lo arrebató al pasar, se detuvo un instante, y se lo comió riendo, con lo que provocó un silencioso regocijo entre los suyos. Todos tienen la cabeza y los pies desnudos y no llevan otra vestimenta que el manto del cual ya he hablado [...] Los que yo vi estaban bien conformados; tenían el cuerpo erguido, la pierna y el brazo bien definidos. Las mujeres eran bastante más pequeñas que los hombres aunque todos lucían una hermosa talla. Tanto las mujeres como los hombres tenían un aire vivaz, semblante redondeado sin ser gordo, ojos bastante grandes, llenos de fuego. Frente alta, boca grande, nariz ancha, un poco aplastada hacia el extremo. Labios de mediano grosor, dientes blancos, cabellos largos, negros, caídos negligentemente alrededor del cuello e, inclusive, algunas veces sobre la frente. Los untan, al igual que el cuerpo, con diferentes drogas, que sólo para ellos son perfume. Se dice que en la infancia no tienen el color de cobre rojo-bronceado que se extiende por toda la piel. Sin duda que el clima, el aire candente que actúa sin cesar sobre ella y los pretendidos perfumes con que se untan, contribuyen mucho a darles ese color, que luego de muchas generaciones debe hacerse natural".

Luego sigue con la enumeración de los rasgos culturales y, al referirse a las actividades económicas, se equivoca feamente. En efecto, dice que "las mujeres están ocupadas en cultivar la mandioca", confundiendo las tareas agrícolas de los guaraníes, cuyas parcialidades residen en las regiones tropicales, aptas para la obtención del cazabe (el pan amasado con harina de yuca o mandioca), con las costumbres venatorias de los charrúas y

minuanes, dueños por ese entonces del caballo y alimentados por el abundante ganado vacuno que colmaba las cuchillas.

El testimonio de Azara

Félix de Azara, un coronel español especializado en matemáticas e ingeniería, llegó en 1781 al Río de la Plata como demarcador de los litigados límites entre España y Portugal. En los veinte años que residió en estas comarcas realizó labores que desbordaron ampliamente los objetivos de su misión. Hombre de ciencia al fin, se amañó para ser a la vez historiador, geógrafo, naturalista y etnógrafo. Al abordar disciplinas desconocidas, para las cuales no estaba académicamente formado, tuvo aciertos y errores, aunque siempre actuó con honestidad intelectual y metodología adecuada. Su descripción de los indios charrúas es muy expresiva:

"Regulo la estatura media [...] a una pulgada superior a la española; pero los individuos son más iguales, derechos y bien proporcionados, sin que entre ellos haya contrahecho ni defectuoso ni que peque en gordo ni en flaco. Son altivos, soberbios y feroces; llevan la cabeza derecha, la frente erguida y la fisonomía despejada. [Azara incluye caracteres culturales entre los rasgos físicos: ser altivo, soberbio o feroz es asunto de educación y endoculturación, no de herencia]. Su color se acerca tanto o más al negro que al blanco, participando poco de lo rojo. Las facciones de la cara, varoniles y regulares; pero la nariz un poco chata y estrecha entre los ojos. Estos, algo pequeños, muy relucientes, negros, nunca de otro color ni bien abiertos. La vista y el oído, doblemente perspicaces que entre los españoles. Los dientes nunca les duelen ni se les caen naturalmente, aun en edad avanzada, y siempre son blancos y bien puestos. Las cejas, negras y poco vestidas. No tienen barbas ni pelo en otra parte, sino poco en el pubis y en el sobaco. Su cabello es muy tupido, largo, lacio, grueso, negro, jamás de otro

color, ni crespo, ni se les cae; solo encanece a medias en edad muy avanzada. La mano y el pie algo pequeños y más bien formados que los nuestros; el pecho de las mujeres no tan abultado como el de otras naciones de indios" (*Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata*).

Esta descripción es menos impresionista que la de Pernetty y revela un buen conocimiento de estos indios: no en balde don Félix atravesó de sur a norte y de norte a sur estos campos y llegó a ser el mentor socio-económico de Artigas.

Un naturalista describe a los charrúas

Alcide Dessalines d'Orbigny, un naturalista francés de renombre, llegó al Río de la Plata siendo casi un muchacho. Había cumplido recién sus frescos y bien aprovechados 24 años y durante muchos otros recorrió la Banda Oriental, la Argentina, el Brasil, Chile, Bolivia y Perú. Legó a la posteridad una obra monumental, tan caudalosa en informaciones como propicia para una lectura siempre amena. (*Viaje a la América Meridional*, París, 1837). En 1839 publicó un tratado sobre *El hombre americano de América meridional considerado en sus aspectos fisiológicos y morales*, donde traza la siguiente semblanza:

"Hemos tenido la oportunidad de ver en Montevideo, en 1829, muchos charrúas. No tienen, a pesar de la afirmación de Azara, una talla que parece superar en una pulgada a la de los españoles. El más alto que hemos visto no tenía más de 1 metro 76 centímetros [5 pies y 5 pulgadas] y su estatura media nos ha parecido no mayor de 1 metro 68 centímetros [5 pies y 2 pulgadas]. Lo mismo que entre los puelches, las mujeres, casi tan altas y robustas como los hombres, tienen por lo menos 1 metro 66 centímetros, o 5 pies y 1 ½ pulgada de talla media.

"Las formas de los charrúas son, como la de los puelches, macizas al extremo; siempre muy carnosos, no están empero

sujetos a la obesidad, tan común en los guaraníes. Sus hombros son anchos, su cuerpo proporcionado, sus miembros bien fornidos, sus manos y pies pequeños. Las mujeres, de las mismas proporciones, tienen el cuello bien hecho, el cuerpo ancho, sin que nunca la cintura sea más estrecha que el resto del cuerpo.

"Los charrúas tienen la cabeza grande y el rostro ancho; los pómulos algo salientes; la nariz bastante estrecha en la base, hundida en esa parte, gruesa en la extremidad, de fosas anchas y abiertas; los ojos pequeños, negros, hundidos, tal vez algo cerrados, pero horizontales; los labios gruesos; la boca grande; los dientes hermosos y que jamás caen; la barba rala; solamente en el labio superior y debajo del mentón tienen algunos pelos rectos y no rizados; sus cabellos son largos, negros, gruesos y lacios. El conjunto de sus facciones da al rostro un aspecto serio y a menudo duro y feroz; se descubre raramente en sus jóvenes ese aire gozoso y abierto de algunas otras naciones; podría decirse que, en ese sentido, no tienen juventud. Su talante es siempre triste y taciturno".

Las observaciones finales de d'Orbigny tienen que ver con el alma, no con el cuerpo. No debe extrañar la máscara de seriedad caída sobre los rostros juveniles. Por ese entonces restaban pocos charrúas, no más de 500. El hostigamiento de los criollos a los restos de las bandas dispersas y hambreadas no tenía alivios. Cada día nuevo era más difícil que el anterior. Se vivía a salto de mata, carneando ganado ajeno para comer, esquivando los balazos y las celadas del hombre blanco. Los risueños bromistas que conoció Dom Pernetty ya no cabían en ese sombrío escenario de persecuciones y acechanzas. Dos años más tarde se producirían los postreros episodios de Salsipuedes y Mataojo: al genocidio, no muy cruento en ninguna de ambas acciones, le seguiría el etnocidio, que fue castastrófico y total. Poco a poco, caminando por el mundo charrúa, al que recién estamos entrando, llegaremos hasta aquel fatídico año de 1831.

IV. Un pueblo de cazadores nómadas

Cuando los conquistadores hispánicos se adentraron en las tierras de América advirtieron prontamente que los indígenas tenían diversos estilos de subsistencia y múltiples géneros de vida. También comprobaron en carne propia que la resistencia de aquellos difería según los diversos tipos de actividad económica, organización política y estructura social propios de las distintas humanidades que poblaban el Nuevo Mundo.

Los grandes imperios y los señoríos, caídos sus conductores –el azteca Moctezuma, el inca Atahualpa, el zipa y el zaque chibchas–, fueron prontamente dominados por el invasor foráneo, quien aprovechó la centralización del poder para sustituir los cuadros rectores de los indigenatos por representantes de la Corona. Pero las tribus de plantadores selváticos, en un principio, y de cazadores nomádicos, en todo momento, ofrecieron una enconada oposición que se prolongó hasta bien entrado el siglo XIX, en plena era republicana. No había poder central que los rigiera; cortada la cabeza de un cacique (denominación arawaca que los españoles extendieron por todo el continente) brotaba otra, y de tal modo la rediviva Hidra de Lerna de los plantadores de florestas –evoquemos a los temibles caribes– y los cazadores de los herbazales, surgía "siempre como un estorbo, siempre como una cuña" entre el caminar de los ejércitos hispánicos y el horizonte.

Para que el lector pueda ubicar el sitial de nuestros charrúas en el concierto de los pueblos indoamericanos lo invito a realizar una breve excursión etnológica a las respectivas formas de vida de las diversas indianidades. Será posible entonces destacar las diferencias existentes entre las naciones de agricultores dotados con altas culturas, que habían llegado a la fase del

trabajo del metal, amén de organizar rígidos estados totalitarios (eso del socialismo de los incas es una patraña) y las tribus situadas en escalones inferiores, esto es, los plantadores tropicales que habían alcanzado el nivel de las culturas medias, cuyo mayor logro artístico, aun por encima de la belleza de sus adornos plumarios, fue el dominio de la cerámica, y los cazadores y recolectores nomádicos ubicados en los espacios orientales y meridionales de Sudamérica –y digo así para centrar las cosas en nuestro hogar continental–, quienes perseveraban aún en las industrias del cuero y la piedra.

Aclaro que lo de culturas superiores, medias e inferiores va por cuenta de los antropólogos de Occidente, preocupados por los rasgos materiales antes que por los espirituales. En efecto, la mitología de los indios amazónicos y el concepto monoteísta de la divinidad que poseían los indios fueguinos, desamparados canoeros de los canales, compensan con creces las ausencias en el orden de la arquitectura colosalista o el manejo magistral del agua de riego, propios de los pueblos andinos.

El debe y el haber de las culturas indígenas

Como se sabe, las culturas indígenas americanas, comparadas con las del Viejo Mundo, registraban un déficit significativo. En América no existía la escritura alfabética; no se conocía la minería del hierro –se procesaba únicamente el hierro de los meteoritos en algunas zonas de Norteamérica–; no había ganadería de vacunos, ovinos, caprinos, porcinos y equinos –los camélidos de los Andes sólo servían para dar lana, pues al no soportar pesos superiores a los cuarenta quilos no eran, ni son, aptos para el transporte de personas, y esto va para los mercaderes de entre casa, que quieren traer llamas para cargar turistas en las dunas de Rocha–; faltaban el arado y el carro, quizá por la ausencia de animales de tracción o por no saberse utili-

zar el principio de la rueda, lo cual impidió el uso del torno del alfarero; también brillaban por su ausencia el ladrillo, el vidrio, la bóveda arquitectónica (sólo presente en el *igloo* del esquimal y la cabaña de tierra de los uro-chipaya del Titicaca), y, finalmente, salvo el arco sonoro usado por unas pocas tribus, entre las que figuraban las de los charrúas, no se construían instrumentos musicales encordados.

Este debe, empero, fue enjugado por un copioso haber. Los productos alimenticios, medicinales e industriales que América dio al mundo se originaron en cuatro grandes hogares agrícolas, desde donde se difundieron hacia los otros: el caso del maíz, cuyo nombre (*mahis*) es arawaco –en guaraní se dice *avatí*, en nahua *tlaolli*, en aymara *tonco*, en quechua *sara* y en araucano *húa*–, es por demás demostrativo.

Los principales productos de los grandes hogares agrícolas originarios son los siguientes: 1) Área andina: papa, quinua, arracacha, calabaza, coca, cañihua, porotos, chirimoya, algodón americano, quina; 2) Área tropical amazónica, circuncaribe y antillana: yuca o mandioca, ananá o piña, batata, boniato, achiote, maní, ají, guayaba, caucho; 3) Área mesoamericana (México y parte de América Central): maíz, tomate, cacao, papaya, amaranto, agaves, aguacate o palta, zapote, chayote, chicle (chicozapote); 4) Área norteamericana meridional: girasol, poroto teparé.

La historia demuestra que las ausencias o presencias de determinados bienes no significan nada por sí solas. Dichos bienes culturales deben ser, por consiguiente, incorporados a los sistemas civilizatorios que caracterizaron a los pueblos indígenas americanos, entendiendo por sistema el conjunto de partes cuya integración, una verdadera sinergia, origina un producto distinto al de la mera sumatoria de aquellas, y por civilización el concierto de culturas con un compartido aire de familia, tal como lo sostenían Durkheim y Mauss. Hay así civilizaciones africanas, civilizaciones europeas, civilizaciones asiáti-

cas, civilizaciones americanas, y abarcando áreas aun mayores, civilizaciones del Occidente y civilizaciones del Oriente.

Ya estamos en condiciones de situar a nuestros charrúas –que no fueron ni plantadores, ni agricultores, ni criadores de llamas, pavos o cuises como otros indios de América, sino solamente cazadores impenitentes, recolectores asiduos y eternos vagabundos– en el conjunto general de las indianidades, indianatos e indiadas de América. Claro que para ello debemos tener en cuenta dos momentos bien definidos. El uno fue el originario, el de su surgimiento histórico ante los ojos de los europeos en tanto que cazadores apeados y recolectores pedestres; el otro, el que sobrevino luego de la introducción del ganado vacuno y el caballar, los convirtió en extraordinarios jinetes y bien abastecidos carnívoros. Este revolucionario acontecimiento económico transformó los padrones y géneros de vida de los charrúas; sin duda tuvo también un intensa gravitación sobre sus concepciones del mundo y la organización de la comunidad.

Civilizaciones de la carne, de la mandioca y del maíz

Un antropólogo estadounidense, el Padre Cooper, al estudiar los pueblos indígenas sudamericanos, se refirió a las culturas superiores de los indígenas sierrales –altas culturas y altas montañas van de la mano–, a las culturas medias de los indígenas silvales y a las culturas inferiores de los indígenas marginales. A mí no me gusta esta ordenación jerárquica. Por lo consiguiente propongo una tripartición basada en el alimento predominante entre a) los agricultores que obtienen grandes cosechas mediante el abono y el riego; b) los plantadores, quienes utilizan la *coa* o el *ybyrajhacuá* como instrumento y la roza itinerante de la selva como *Lebensraum* o espacio vital, y c) los cazadores errabundos, que son depredadores del medio

natural antes que productores. Como denominación genérica de cada uno de estos grandes grupos acepto el sentido que Durkheim y Mauss confieren a la voz civilización, tal cual señalara anteriormente. Voy a referirme, por consiguiente, a las civilizaciones de la carne, de la mandioca y del maíz. El escenario de las mismas abarca el doble continente americano, desde Alaska hasta los canales magallánicos.

Los comedores de carne

Las civilizaciones de la carne, o sea el complejo cultural de la caza, la pesca y la recolección, ocupaban las áreas llamadas marginales. En Sudamérica estas áreas se localizaban al oeste de una línea imaginaria tendida desde la isla de Chiloé, en el sudoeste continental, hasta la de Marajó, en la desembocadura del Amazonas, al tiempo que en Norteamérica iban desde la zona ocupada por los recolectores de la Baja California hasta las grandes planicies, donde merodeaban los cazadores de bisontes, y más allá aun, hasta las comunidades de segadores de arroz silvestre del Lago Superior. Los etnógrafos, descriptores de culturas puntuales, y los etnólogos, comparadores y sistematizadores de diferentes culturas, hablan de un estilo económico inicial basado en la recolección, la pequeña caza y la pesca. Teniendo en cuenta que el hombre es omnívoro y que en este estadio primitivo la gran caza no existía, la alimentación carnívora y la vegetariana guardaban cierto equilibrio entre sí. Más aun: en algunas comunidades primaba la dieta vegetal, como sucedía con los pimas de California, comedores de piñones. Pero en las áreas marginales de ambas Américas la mayoría de la población indígena estaba constituida por los grandes cazadores dotados con flechas, lo cual permite afirmar, desde el punto de vista estadístico, que es correcta la denominación de civilizaciones de la carne.

Estas sociedades de bandas y tribus nomádicas habían desarrollado una arcaica pero muy refinada tecnología de la piedra y el cuero. Algunas, como en el caso de los pámpidos, usaban las temibles boleadoras, únicas armas que lograron desmontar al jinete español y emparejar la pelea. Por su parte, los indios pieles rojas y los que habitan las llanuras empastadas del Cono Sur doman y se adueñan del caballo durante el período colonial. De tal modo forman aguerridos ejércitos ecuestres que al resplandor de la *Comanche moon* y la luna de los malones atacan los *ranchs* y las estancias de los colonos ganaderos hasta que al fin son desbaratados por el ejército de los gobiernos republicanos en el siglo XIX: Rivera en el Uruguay, Roca en la Argentina –la Guerra del Desierto– y Jackson en las praderas de los EE.UU. fueron los portaestandartes armados del "progreso", verdugo del "salvajismo", y de la industria, enemiga del arcaísmo económico y la barbarie social. Por lo menos eso era lo que decían y siguen repitiendo los panegiristas de la modernidad, mientras achicharran con *napalm* a los chavantes y arrasan las aldeas selváticas de los yanomamis.

Nota sobre el nomadismo y la recolección

Antes de finalizar el parágrafo conviene agregar algunas nociones acerca del significado del nomadismo y las características de la recolección, actividad esta última que nunca fue abandonada por los cazadores. Desde el punto de vista etimológico, nomadismo deriva del griego *nomás*, "el que se moviliza detrás de las pasturas", y dicha voz proviene a su vez de *nemó*, "yo apaciento" o, mejor, "yo distribuyo los pastos". El nomadismo tiene que ver con un tipo de ganadería, no de caza. Sociológicamente considerado el nomadismo supone el traslado de la comunidad entera detrás de las reses que, al compás de las lluvias, se desplazan desde las regiones pobres a

las regiones pródigas en herbazales. La trashumancia, o sea el traslado en busca del humus, de la tierra fecunda, es en cambio una figura solamente aplicable al grupo de pastores que dejan sus familias en la aldea y van tras las cabras y ovejas en pos de las pasturas de montaña, cuando adviene la primavera. El nomadismo propiamente dicho, en consecuencia, no es el género de vida practicado por los cazadores itinerantes, pero el *usus inveteratus* ha consagrado la generalización de un término impropio. En cuanto a la recolección, denominada *cueillette* o *ramassage* en francés, *Sammelnwirtschaft* en alemán, *gathering* en inglés y *raccolta* en italiano, designa a la apropiación manual, o mediante instrumentos muy simples, de las sustancias comestibles brindadas al hombre por la naturaleza orgánica. Esta recolección se ejercita fundamentalmente sobre el reino vegetal y, en forma más restringida, sobre el animal. Por otra parte existen modalidades puras y mixtas. Las puras se practican sobre los productos naturales inertes y las mixtas sobre la fauna de muy lento desplazamiento, lo que permite su fácil captura manual o instrumental. La recolección pura de productos vegetales –pensemos en los montes aborígenes y serranos por donde los niños y mujeres charrúas efectuaban sus lentos y vigilantes desplazamientos en busca de especies comestibles– comprende los frutos, las bayas, las semillas, los retoños, los tubérculos, las raíces, los bulbos, los hongos, las médulas y el *cambium* de las cortezas arbóreas. La recolección pura de productos animales se circunscribe a la junta de huevos y a la extracción de miel. Por su lado, las modalidades mixtas de recolección están combinadas con la pesca y la caza menores. Estas son las pesca-recolección realizada en el *benthos* costanero (moluscos, gusanos, crustáceos, algas) y la caza-recolección de pequeños invertebrados terrestres: larvas, insectos, gusanos, caracoles, o de las crías inermes de los vertebrados sorprendidas en nidos, cuevas y madrigueras. Debe incluirse en esta modalidad las ranas, los lagar-

tos, las víboras y otros pequeños animales que pueden ser atrapados sin hacer mayor empleo de destreza venatoria o sagacidad mental.

Los plantadores de mandioca

Las civilizaciones de la yuca o mandioca se hallaban –y aún permanecen allí sus remanentes– en las selvas tropicales, la región circuncaribe y las islas antillanas. Estaban integradas por las culturas denominadas medias. Sus rasgos característicos pueden ser resumidos así: *conucos* (terraplenes) y manejo del agua en algunas islas antillanas al tiempo de la conquista (La Española), plantaciones itinerantes de yuca o mandioca y otros cultivos tropicales mediante la *coa* o palo de plantar, luego del incendio y desbroce de la selva; tecnología del *sebucán* o *tipití* para extraer el ácido cianhídrico de la yuca brava; utensilios de fibra, de madera, de hueso, de cuerno, de concha y de arcilla (algunos productos cerámicos son de excelente calidad); sociedades tribales distribuidas a modo de archipiélagos de malocas –grandes viviendas colectivas–, en la floresta trópico-ecuatorial; canoas monoxilas y navegación altamente desarrollada entre los arawacos, caribes y guaraníes; conocimiento intenso y delicado de la biósfera circundante y manejo sabio de los ecosistemas locales; rica mitología, consumo de alucinógenos por razones rituales y chamanismo.

Los agricultores avanzados

Las civilizaciones del maíz, o el complejo cultural del maíz, como tal vez convendría llamarlo, poblaban las regiones montañosas de América, desde México a Chile. El maíz fue adop-

tado, aunque en menor escala, por los plantadores de yuca selváticos sudamericanos e igualmente lo sembraron los mayas en Mesoamérica. En Norteamérica el maíz había tendido, desde los pueblos del sudoeste (hopis, zuñis, apaches) hasta los del nordeste (iroqueses, mochicanos) una banda diagonal a cuyo largo alternaban los simples plantadores con los cazadores de las llanuras (pieles rojas). Las civilizaciones del maíz estaban representadas por el acervo de las llamadas culturas "superiores": agricultura sedentaria de abono y riego (*chinampas* mexicanas, andenes o *sucres* peruanos, canales yucatecos y terrazas tayronas) y en el caso de Sudamérica la ganadería de auquénidos o camélidos andinos (llamas y vicuñas); metalurgia del bronce, del cobre, de la plata y del oro; ciudades y fortificaciones colosales; refinado arte cerámico; astronomía, calendario e introducción del cero en las matemáticas mayas, lo que supone la existencia de científicos, sabios y pensadores de primera línea; sistemas de información mnemotécnicos (*quipus* incaicos) y jeroglíficos (caracteres mayas). Estas sociedades estaban intensamente estratificadas, poseían una compleja jerarquización política y algunas habían ingresado en una fase militarista de tipo imperial. Los incas y los aztecas llegaron a constituir importantes Estados, y ciertos señoríos, como en el caso de los chibchas, avanzaban hacia un arquetipo de consolidación centralizada del poder.

Etapas culturales de la macroetnia charrúa

Repito que al decir macroetnia charrúa, o complejo cultural charrúa, nos estamos refiriendo a las distintas tribus de raza pámpida que nomadizaban en la Banda Oriental, la Mesopotamia argentina y el sur del Brasil, cuyos caracteres culturales autorizaban a considerarlas como pertenecientes a una misma parcialidad, o nación como decían los españoles.

Los distintos estratos culturales que a lo largo del tiempo fueron formando como una especie de hojaldre humano en la Banda Oriental y los adyacentes territorios, no se superpusieron en estado de absoluta pureza. Todo lo contrario. El precio del contacto fue el intercambio y la mezcla. Hubo, en consecuencia, un vaivén espacial y una ósmosis temporal de rasgos materiales y espirituales. Se produjo una inevitable mestización de cuerpos y un enriquecedor diálogo de almas. Se aculturaron entre sí, trocaron utensilios, técnicas y costumbres. En consecuencia, cuando los españoles llegaron a nuestras costas existía una larga historia de combates, contactos pacíficos e interacciones sociales entre ellos.

Es posible suponer que los charrúas ingresaron a la Banda Oriental 1.500 años antes de nuestra era. Se encontraron con indios de tipo láguido que ya ocupaban las cuchillas empastadas, los bosques fluviales y las quebradas serranas. Otros grupos indígenas vendrán después y, con el tiempo, se modificarán múltiples rasgos y pautas culturales propios de cada una de las oleadas. Diez mil años antes de nuestra era habitaban nuestro territorio los paleocazadores y recolectores catalanenses y los cazadores esteparios dotados con dardos rematados por puntas de piedra. Luego llegaron los cazadores armados con láminas foliáceas de varios tipos y más tarde aun, tres mil años antes de Cristo, arriban los cazadores superiores que introdujeron el arco y la flecha. Se produjo entonces el arribo de los charrúas; unos mil quinientos años antes de nuestra era. Alrededor de cinco siglos después de la entrada de los charrúas penetraron por el este los remanentes sambaquianos –el antropolito de Mercedes y los zoolitos son obra suya, y no de los charrúas– y al comienzo de nuestra era hicieron su aparición los ceramistas-plantadores de las culturas de "plásticos litoraleños" (chaná-timbú-beguás). Y cuando los españoles "descubrieron" el Mar Dulce y el doble sistema fluvial Paraná-Uruguay, hacía pocos decenios que los guaraníes se habían establecido en nuestro territorio.

En el momento de su entrada los charrúas traían el repertorio lítico patagónico, incluyendo las boleadoras, que ya aparecen en el Toldense argentino 9.000 años a J.C., y las tumbas de piedra, semejantes a los *chenques* de los puelches y tehuelches. En una segunda etapa incluyen en su repertorio lítico las placas grabadas y las piezas lenticulares o *itaizás* quizás legadas por los remanentes sambaquianos. Esta herencia pasa igualmente a los láguidos kaingang, cuya presencia en nuestro territorio es indudable. También los charrúas adquieren la cerámica al tener contactos con los "plásticos litoraleños", pero no llegan más allá de la confección de burdas vasijas de barro endurecido al fuego o aun secado al sol, como cuenta el Sargento Benito Silva que vivió entre ellos.

En un tercer momento refinan admirablemente el tallado y pulimiento de la piedra, logrando puntas pedunculares y lanceoladas espléndidas con la primera técnica y boleadoras y rompecabezas de magnífica factura con la segunda. La convivencia con los guaraníes de las islas les enseña la práctica, sin duda limitada y tardía, de la navegación, aunque no el arte de construir canoas monoxilas, y les facilita un lenguaje con el que se entenderán las distintas etnias entre sí. El guaraní se convierte de tal modo en *lingua geral* o franca.

En una cuarta etapa, luego de la conquista, conocen y doman el caballo y se alimentan, aunque no exclusivamente, con carne vacuna, pues también les apetece, y mucho, el dulzor de la carne caballar.

El caballo y la vaca los convierten en tropeadores de ganado y comerciantes de cueros, tempranamente relacionados con los portugueses. Reciben de los europeos las bebidas destiladas, el vicio de fumar y mascar tabaco, contraído por los españoles en el área antillana y, quizá, el uso del mate amargo, que bien pudo haber sido anteriormente traspasado por los guaraníes misioneros o sus predecesores selváticos. El dominio del caballo, al convertirlos en formidables e inigualados jinetes, cambia

las tácticas guerreras, redobla los choques armados con los demás indios y los ejércitos peninsulares y transforma las costumbres tribales: la mujer ya no armará solamente paravientos de esteras sino que adoptará la costumbre de levantar tiendas recubiertas con pieles de ganado y, finalmente, deberá atender los menesteres relacionados con una drástica transformación de la dieta y las tareas domésticas. En definitiva, el dominio del caballo instaura la conquista veloz del espacio, redobla la movilidad nomádica y, gracias a la buena alimentación proporcionada por la ganadería cimarrona, lanza al combate renovadas generaciones de musculosos y bien comidos jinetes que por largos y terribles decenios le amargarán la vida a los españoles, portugueses, misioneros y criollos.

V. La vida cotidiana

El baño de sangre de la conquista y los posteriores siglos de la colonización revelaron que en América indígena existían dos tipos de civilizaciones. Unas eran las del Tener y otras las del Ser. Las civilizaciones del Tener, cuyo acervo material se había objetivado en ciudades, en obras hidráulicas, en admirables producciones artísticas y en múltiples utensilios de ingeniosa factura, no resistieron los embates del invasor europeo. Las ruinas de sus construcciones incorporaron prontamente a los paisajes los despojos desfuncionalizados de antiguos esplendores, al tiempo que sus joyas, sus ceramios y sus artefactos ingresaban, en tanto que relictos de antepasados logros culturales, y en el mejor de los casos, al silencio amortajado de los museos.

Las civilizaciones del Ser, pobres en expresiones materiales, ayunas de la impedimenta suntuosa de los pueblos sedentarios, hijas errabundas del viento y señoras del espacio, resistieron los ataques de los ejércitos hispánicos, hurtaron sus cuerpos a la granizada mortífera de los mosquetes y por largos siglos lucharon, guerrilleras de la prehistoria, contra los soldados bien armados y equipados de la Europa cristiana. La riqueza de estos pueblos nomádicos fincaba en ellos mismos. Su principalía no se expresaba en los caudales del Tener sino en los valores del Ser. Eran independientes, soberbios, orgullosos: no toleraban el dominio del Otro ni la presencia del extranjero en sus cotos de caza, que al cabo constituían los nichos ecológicos y los espacios vitales de una estirpe que los poseía y usufructuaba desde el fondo de los milenios.

Entre las civilizaciones del Tener figuraban la de los aztecas y los incas; entre las del Ser, las de los caribes, las de los

pampas, las de los charrúas, todos pueblos indómitos, que murieron con las armas en la mano.

Los tres subsistemas culturales

Los antropólogos reconocen tres subsistemas, recíprocamente condicionados e interactuantes, en los distintos acervos de artefactos y mentefactos que caracterizan la originalidad y funcionalidad de los sistemas culturales de los diversos pueblos de la Tierra, sean los nomádicos, sean los sedentarios, sean los urbanizados. Uno es el subsistema adaptativo, el de la subsistencia, el que tiene que ver con la vida económica. El otro es el asociativo, el de la organización de la comunidad, el de las estructuras jerárquicas del poder, el de la vida social, en suma. El tercero es el ideativo, el de las creaciones espirituales, el de los valores culturales, el de las costumbres cotidianas, el de las concepciones del mundo y de la vida.

Los charrúas, al ser analizados a la luz de esta tripartición, que es lógica y metodológica a la vez, revelan en cada uno de estos subsistemas y en el sistema específico, resultante de la interacción de aquellos, los rasgos y pautas correspondientes a su ubicación en las categorías de la cultura. Y el balance último nos advierte que si bien eran pobres en el orden del Tener estaban muy bien dotados en el del Ser: el escaso acervo de artefactos se hallaba más que compensado por un muy rico repertorio de valores vitales y morales.

Fuentes de susbsistencia, armas y vivienda

Los charrúas practicaban la gran caza, o sea la caza a distancia.

Tenían azagayas, lanzas, macanas de palo y rompecabezas líticos de múltiples puntas, admirablemente pulidos, con mangos

de madera, que utilizaban para la lucha cuerpo a cuerpo con las fieras o los hombres. A las perdices las atrapaban con una cimbra, tal cual hoy se estila en nuestro campo. Pero para ofender desde lejos al enemigo o abatir una presa a toda carrera –el venado, el ñandú, el yaguareté, el puma– utilizaban las flechas con puntas de piedra tallada, que guardaban en un carcaj terciado en la espalda, las boleadoras de dos o tres ramales, las bolas perdidas y las piedras lanzadas con la honda. Este último instrumento, de muy viejo arraigo, fue utilizado por los guerreros de otras culturas: recordemos solamente los honderos de las islas Baleares, cuyo nombre deriva de esta actividad (balear viene del griego *balein*, arrojar un proyectil, y de aquí la voz bala). El triunfo del David bíblico sobre el gigante Goliat fue también logrado gracias a un certero tiro de honda.

El contacto con los europeos y la adquisición del caballo modificaron las armas y costumbres bélicas de los charrúas. Adoptaron el lazo, el cuchillo, la media luna de los desjarretadores, las puntas de metal para las flechas y lanzas, y, naturalmente, los aperos de montar, que simplificaron al extremo; cabalgaban en pelo, a lo más con un cojinillo, los frenos eran una especie de bocado de guasca y madera y las espuelas se fabricaban con los remates afilados de las guampas vacunas o de las cornamentas de los venados.

Vestían *quillapis*, mantos de pieles de mamíferos cosidos con tientos, cuando el frío apretaba; en los días calurosos los indios "de estatura prócer y muy membrudos", como decía con admiración el padre Larrañaga, iban desnudos. El contacto con los españoles y criollos les enseñó el uso del poncho, el chiripá, los taparrabos de algodón para las "chinas", el sombrero "panza'e burro" para los hombres, y algunas otras sumarias prendas de vestir. En cambio nunca se albergaron en ranchos: en un principio se refugiaban en tiendas hechas con esteras de juncos, algunas techadas y otras del tipo paravientos y, luego de la introducción del ganado, levantaron, mediante estructu-

ras de ramas recubiertas con cueros vacunos y equinos, rústicas tolderías desmontables. No obstante esta innovación nunca echaron al olvido sus antiguos refugios de esteras. Al lado de estas viviendas hacían el fuego, no se sabe con qué método, asaban la carne atravesándola con varas de madera verde y hervían en toscas vasijas de barro el agua para llenar los porongos donde bebían, sin bombilla, las tisanas de yerba mate, un don recibido de los guaraníes, quizá por intermedio del español. La yerba, que venía entreverada con el agua, se mascaba larga y golosamente: de tal modo se acentuaban sus notorias virtudes psicotónicas y dinamógenas.

Cuenta el Sargento Mayor Benito Silva, quien vivió un buen tiempo entre ellos, que eran muy afectos a los cogollos de ceibo, de virtudes dinamógenas, cuyas mascaduras, arrojadas a lo largo del camino, indicaban a los rastreadores al servicio de los españoles la ruta seguida por los indios.

Familia y sociedad

El matrimonio de los charrúas se asentaba en la poliginia, esto es, la unión de un hombre con varias mujeres. Existen pocos y muy confusos datos sobre la organización de la vida familiar. A los europeos les sorprende el trabajo duro de las "chinas", trajinando todo el día en el campamento, y la holganza de los hombres. Integrantes de una comunidad patriarcalista y machista a un tiempo, los varones sostienen el peso de la guerra y se dedican a la caza, cuando no al juego, mientras las mujeres, los niños y los ancianos útiles aún realizan en la retagurdia los menudos menesteres que, sin embargo, resultan fundamentales para la subsistencia: la recolección de alimentos, el transporte de los enseres, el curtido y cosido de las pieles, la fabricación y el manejo de las viviendas, el tallado y el pulido de las armas de piedra, la preparación de la comida diaria.

La estructura social era laxa. Los ancianos, integrantes de la gerontocracia de la memoria y de la baquía, siempre fueron escuchados y acatados con respeto. Los jóvenes, más fuertes y audaces que los hombres maduros, lograron mayor jerarquía social cuando los charrúas se hicieron jinetes. De este modo el consejo de ancianos pasó a un segundo plano, como sucediera con otros indios ecuestres, entre los cuales vale recordar los comanches del Far West estadounidense.

Un líder local comandaba no más de veinte guerreros de a caballo; al frente de las tolderías de una comarca se hallaban los caciques, cuyos contingentes no pasaban de cincuenta "bravos"; en ocasión de operaciones masivas contra las otras indiadas o contra los batallones represivos de los hombres blancos, es decir, los "cristianos", se nombraba, *ad hoc*, un comandante general, o sea un cacique prestigioso acatado por todos los jefes integrantes de una "nación" o parcialidad.

La vida espiritual

Muy poco o nada sabemos acerca de las creencias de los charrúas en lo que atañe a las potencias del mundo sobrenatural, superhumano o como se le quiera llamar. Azara suponía que no tenían confesión religiosa alguna, lo cual quizás, tomado al pie de la letra, resultaba ser cierto. Si se concibe la religión según las normas del Occidente cristiano –un solo Dios, o, mejor, una Santísima Trinidad, un cuerpo institucionalizado de administradores de lo sagrado, un dogma, una rígida liturgia y una *Ecclesia* o comunidad de creyentes y practicantes– los charrúas aparecen como unos descreídos, como los "perros infieles" de continuo descalificados y vituperados por la crónica general de la Conquista. Pero no nos dejemos llevar por las opiniones de los representantes espirituales o los valedores armados de la religión oficial de una España católica y apostólica. Ellos consi-

deraban a los indígenas como "idólatras abominables", y para acabar con sus "supersticiones" quemaban códices, destruían monumentos piadosos, prohibían la expresión pública de las creencias. Dueños de la fuerza, lo que hace creer a los hombres que también son dueños de la verdad, imponían a sangre y fuego los Evangelios. Así lo hizo el Obispo Landa en Yucatán, y con tanta saña y miopía teologal, que llegó hasta el extremo de torturar a los indígenas de Mani reacios al bautismo y la catequesis.

El Sargento Mayor Silva cuenta que cuando los charrúas "querían hacerse un compañero" –esto es, un espíritu que les hablara del más allá y los guiara en el más acá– subían a los cerros, se infligían heridas y practicaban el ayuno. A partir de dichas operaciones es fácil deducir que, sometidos los cuerpos a esas violencias físicas y fisiológicas, las alucinaciones no tardaban en hacerse dueñas de la psiquis de los flagelados. Entre los charrúas, como entre otros pueblos indígenas de América, y en especial del Cono Sur, existían chamanes, hombres sabios (eso era lo que significaba *Sepé* en su idioma) y psicopompos, o sea conductores de almas. Estos chamanes, curanderos o brujos –los españoles los consideraban, lisa y llanamente, "emisarios de Satanás"– eran especialistas en el éxtasis y en la predicción de lo por-venir, duchos en la cura de las enfermedades y poseedores de conocimientos especiales sobre las fuerzas numinosas de la Naturaleza.

La existencia de un ceremonial mortuorio –las tumbas de piedra en las cumbres de los cerros– indica que los charrúas tenían un sistema de creencias acerca del otro mundo. No abandonaban a sus muertos a los caranchos y a los perros cimarrones: habían elaborado una funebria que nos es casi tan desconocida como su idioma. De éste resta muy poco, casi nada. La nominación del paisaje de la Banda Oriental fue cosa de los guaraníes, salvo algunos poquísimos toponímicos que subsisten en nuestra geografía, entre los cuales se supone que *Mahoma*,

reflejo desfigurado de una originaria voz charrúa que designaba las sepulturas, es uno de ellos. Los "mares de piedra" de Mahoma guardan entre sus bloques gigantescos de granito, cementerio geológico y antrópico a la vez, los huesos pulverizados de múltiples generaciones de indígenas. En las tumbas, como cuenta el General Díaz, los deudos depositaban las boleadoras y la lanza del difunto, el cual, para no quedar a pie en los inmensos potreros de la muerte, contaba con el más consentido de sus fletes, atado a una estaca, el que lo acompañaría, fielmente, en su "viaje" al otro mundo.

Un cruento ceremonial fúnebre

El duelo era riguroso. Los primeros cronistas se asombran del corte de las falanges, una por cada pariente próximo fallecido, pero la posterior descripción de Azara es aun más estremecedora: "los hijos honraban la muerte de su padre con un ceremonial de autosevicias físicas que se iniciaban con dos días previos de ocultamiento y dieta –unas presas de perdiz o sus huevos– para luego, a la segunda tarde después del entierro, iniciar una espeluznante serie de rituales fúnebres. El duelo de las almas comenzaba con la tortura de los cuerpos. En efecto, otro indio les atravesaba de parte a parte "la carne que puede pillar pellizcando el brazo con un pedazo de caña larga de un palmo, de modo que los extremos de la caña salgan igualmente por ambos lados. La primera caña se clava en la muñeca, y se pone otra a cada pulgada de distancia siguiendo lo exterior del brazo hasta la espalda y por ésta. Las cañas son astillas de dos a cuatro líneas de anchura, sin disminución sino en la punta que entra.

"En esta miserable y espantosa disposición se va solo y desnudo al bosque o a una loma o altura, llevando un garrote puntiagudo con el cual y con las manos excava un pozo que le

llegue hasta el pecho. En él pasa de pie el resto de la noche y a la mañana se va a un toldo o casa que siempre tienen preparado para los dolientes, donde se quita las cañas y se echa dos días sin comer ni beber. Al día siguiente y en los días sucesivos, hasta diez o doce, le llevan los muchachos de su nación agua y algunas perdices o huevos ya cocidos y se los dejan, retirándose sin hablarle".

Amor maternal y estado de necesidad

Los testimonios sobrevivientes, muy escasos, sugieren que las madres eran muy cariñosas con sus hijos, a quienes acompañaban a sol y a sombra. Cuando la famosa repartija de "chinas" e indiecitos después de Salsipuedes entre las familias patrias de Montevideo las madres clamaban por sus "crías" –así dicen los documentos–, separadas de ellas, y "para siempre", a la brava. No existía el infanticidio. Interpretan muy mal las cosas aquellos que suponen la existencia de esa práctica al leer el diario de guerra del Coronel Jorge Pacheco, quien escribió el 1° de mayo de 1801: "...metidos los enemigos [los indios] entre dos fuegos perecieron sin quererse rendir; se contaron en el Campo muertos treinta y siete Hombres y dos Mugeres entre ellos el cacique Juan Blanco de los Charrúas y el de los Minuanes Zara. Finada la acción a las nuebe y media entró toda la Tropa a pie a registrar la Montaña de donde se sacó la Cautiba María Ysabel Franco y otros dos Muchachos también Cautibos, se cogieron siete Yndios jóbenes prisioneros, trece chinas y once Criaturas. También se advirtió que las Yndias mataron una porción de Niños de pechos p.r no ser descubiertas en el Monte por los q.e los registraban en caso de llorar...". El sacrificio de los lactantes a manos de sus madres, quienes, como está comprobado, eran muiy cariñosas con ellos, significa que, en estado de necesidad, resultaba imprescindible con-

servar a los guerreros, defensores del grupo genético y cultural. En el área del Caribe, en los primeros años de la Conquista, se llegó al extremo del suicidio colectivo de los adultos, luego de la matanza general de los niños.

VI. Tres siglos de combates

La lucha de un puñado de indígenas contra los ejércitos españoles y los batallones republicanos durante trescientos años tiene todas las características de una epopeya. Dicha lucha no fue continua. Hubo períodos de tregua y aun de entendimiento. Los poderosos pactan a veces para reiniciar luego las hostilidades según el ir y venir de sus intereses y designios. De tal modo los charrúas y minuanes se entendieron casi siempre con los portugueses y, menos frecuentemente, con los españoles. Sucedió lo mismo con las relaciones entre los indígenas y los ejércitos criollos de ambas márgenes de los ríos Uruguay y de la Plata. Rivera se alía con ellos para reconquistar las Misiones en 1828 y los desbarata en Salsipuedes tres años después; Artigas, comandante de los Blandengues de la Frontera, los combate sin tregua y más tarde, cuando se enfrenta con las fuerzas peninsulares y bonaerenses, durante una ejemplar gesta libertadora, los convierte en su guardia de *corps*.

Pero detrás de esas conductas bivalentes de los próceres, al fin hombres blancos tributarios de la civilización de Occidente, palpita el designio claramente expresado por Sarratea en 1812. Este, para "cortar de raíz esa planta venenosa" –los indios– propone a un subalterno "convidar para un día determinado a los caciques principalmente sus mujeres y cuantos puedan de ellos a una función [...] ofreciéndoles yerba, tabaco y aguardiente a fin de atraerlos más [...]. Entre la embriaguez y los festejos, teniendo a prevención tropa apostada, se echará Ud. sobre todos ellos y sus mujeres, acabando a los que se resistan...". Como se desprende de estas proféticas palabras ya existía una solución en la mente de los albaceas de la propiedad rural para resolver de una vez por todas lo que hoy se

denomina en muchas partes de América "el problema indígena". Hasta se proponía los pagos de Paysandú para dar el golpe de gracia a la indiada turbulenta. Rivera, que era baqueano y tenía buen oído, escuchó aquella propuesta a través del puente del tiempo y la hizo carne en Salsipuedes, dos décadas después.

La epopeya del siglo XVI

Los testimonios de los viejos cronistas cuentan que en un principio los charrúas recibieron a los conquistadores europeos con talante hospitalario. Los saludaron con muestras de afecto y les proporcionaron alimentos. Pero luego estallaron las hostilidades provocadas por los excesos o la ignorancia de los españoles: la transgresión de normas de etiqueta u hospitalidad convirtieron a la primitiva concordia en un enfrentamiento bélico donde los invasores sufrieron derrotas tremendas o salieron gananciosos, según los momentos y circunstancias de la que Acosta y Lara denominó "la guerra de los charrúas" en un libro que no debería faltar en las bibliotecas de las escuelas y los liceos uruguayos.

Los primeros combates tienen lugar en el año 1527. Por ese entonces había llegado Sebastián Gaboto con una fuerza expedicionaria cuyo destino era el Extremo Oriente pero que el veneciano, enloquecido por la Quimera de Plata, hizo desviar hacia la Mar Dulce o Río de Solís. Tanto en San Lázaro como en San Salvador, establecimientos fundados en la futura Banda Oriental sobre el arroyo de las Vacas y el río San Salvador, respectivamente –no hay mucha seguridad acerca del exacto emplazamiento de ambos fortines– chocaron los españoles con los charrúas. Mientras Gaboto salía a buscar Paraná arriba el camino hacia la fabulosa Sierra de Plata, que al final resultó ser el Potosí, alcanzado luego por los ejércitos del Alto

Perú y no por los expedicionarios partidos desde el meridión, encomendó al Capitán Juan Álvarez Ramón la exploración del Uruguay con el mismo propósito. Este comienza la navegación aguas arriba hasta que una tormenta hace encallar su carabela. Decide entonces regresar por tierra al fuerte español y es atacado por los indios yaros y charrúas quienes lo matan, al igual que a un buen número de sus soldados. Esta acción señala el comienzo de una era de cruentos combates y de momentáneos períodos de paz. En efecto, cuando arriba a nuestras costas el portugués Pero Lopes de Sousa, en 1531, es bien recibido por los charrúas. No sucede lo mismo con los exploradores que, habiendo partido desde Asunción en 1552 al mando de Juan Romero, tratan de establecerse en la barra del arroyo San Juan. En este caso, de ser cierto el episodio, desmentido por más de un historiador, los indígenas asedian de continuo a los españoles hasta que éstos se retiran.

La iglesia los declara "hombres verdaderos"

Entre el 1531 y el 1552 ocurre en Europa un acontecimiento memorable: el Papa Paulo III declara a los indios hombres verdaderos puesto que hasta entonces se los consideraba animales con forma humana. La Bula *Sublimis Deus*, promulgada en 1537, expresa que el Demonio "ha inspirado a sus satélites, quienes para complacerlo no han dudado en propagar ampliamente que los indios del Oeste y del Sur y otras gentes de las que apenas tenemos conocimiento deben ser tratadas como brutos, creados para nuestro servicio". Para restablecer la verdad y la justicia, que deben amparar por igual a todas las criaturas de Dios, el Papa proclama entonces "que los indios son verdaderos hombres y que no sólo son capaces de entender la fe católica sino que, de acuerdo con nuestras informaciones, se hallan deseosos de recibirla". Los informantes de su

Santidad sin duda que exageraron las cosas con respecto a los deseos de evangelización pero el Papa obró con equidad cristiana, según rezan los Evangelios, al restituir a los indígenas su innegable condición de criaturas humanas. Ello no impidió, lamentablemente, que quienes hasta entonces habían muerto como bestias continuaran muriendo como hombres.

Debemos esperar hasta el 1573, época del desembarco de Juan Ortiz de Zárate y sus derrengadas fuerzas, víctimas de los feroces temporales del Río de la Plata, para que se reanude, y esta vez en gran escala, la secular lucha entre los charrúas amerindios y los invasores europeos. La chispa saltó por un motivo baladí para los españoles aunque fundamental para los indígenas. Un desertor español se refugió entre los charrúas y éstos, fieles a sus normas hospitalarias, se negaron a otorgar la extradición del desgaritado. Dicha actitud escandalizó a los españoles, quienes decidieron emplear la fuerza. A partir de aquí se producen diversos episodios hasta que Garay, llegado en auxilio de los sitiados, derrota a los charrúas aliados con los guaraníes en el combate de San Salvador, donde perecieron Zapicán, Abayubá, Tabobá, Añagualpo, Yandinoca, Magalona y otros famosos caciques cuyos nombres fueron deformados, por el cronista-poeta Martín del Barco Centenera en las octavas reales de *La Argentina*, que a esta altura de la edad posmoderna ya nadie lee en nuestros cursos de "historia patria".

Desde Hernandarias hasta Salsipuedes

Una tradición, hoy desechada, debida al Padre Lozano, cuenta y repite que en el año 1603, al querer sojuzgar la futura Banda Oriental, Hernandarias sufrió una aplastante derrota: "perecieron infructuosamente más de quinientos españoles, sin avasallar la altivez orgullosa de los naturales". Posteriores in-

vestigadores trasladan la fecha de la entrada al 1608, cuando con menos de un centenar de soldados atraviesa Hernandarias la "Vanda de los Charrúas", donde bate y pone en fuga a trescientos indios. No demos mucha fe a ninguna de las dos noticias. Quizás la verdad está en el medio: lo cierto es que el intrépido criollo paraguayo –el que por vez primera llama patria a su terruño– no mantuvo el dominio militar en estas "tierras de ningún provecho" y en cambio envió, como conquistadores zoológicos y avanzadas de la civilización, a los vacunos desembarcados en 1611 y 1617. Después de Hernandarias y las fundaciones de Colonia por los portugueses en 1680 y de Montevideo por los alarmados españoles en 1724-26, las luchas contra los charrúas prosiguieron sin pausa. Un acontecimiento digno de recordación fue la batalla del Yí, acaecida en 1702, cuando el Maestre de Campo Alejandro de Aguirre, al frente de un ejército integrado por fuerzas de la Corona y aliados guaraníes, luchó durante cinco terribles días con los bravos charrúas y sus hermanos minuanes ("...pelearon con desesperación hasta perecer casi todos", dice el parte de guerra). Los indios de ambas fuerzas eran las marionetas manejadas por los intereses de España y Portugal, pero lo cierto es que hubo una cruenta matanza de parte a parte.

Las campañas posteriores contra los charrúas estuvieron signadas por el mandato que impuso a las fuerzas de la Corona el Gobernador José de Andonaegui cuando, a mediados del siglo XVIII, las indiadas corridas a mosquetazos se recomponen, organizan sus escuadrones de caballería y se lanzan sobre los odiados opresores. Para poner coto a los malones de charrúas, pampas, guaycurúes, mocobíes, tobas y demás indios nomádicos, gentes de armas tomar, Andonaegui emite una orden imperiosa: "Requiéranlos en paz y pasen a cuchillo a todos los que se resistan". En este ejercicio se sucedieron Francisco Bruno de Zavala, hijo, Francisco de Vera Mujica, José Martínez Fontes y Manuel Domínguez. Posteriormente, no

obstante los fugaces estados de tregua, pactados de modo muy frágil, si bien oficial, otros jefes tomaron la posta para llevar a cabo el mandato de Andonaegui. Cuando las fuerzas patriotas luchan contra los españoles los indios advierten que esa es buena ocasión para darles una mano. Pero luego de los episodios de 1811, 1825 y 1828 los charrúas advierten que habían sido usados: eran amigos o enemigos según soplara el viento de los dueños del gobierno y el poder. En el capítulo dedicado a resumir lo sucedido antes y después de Salsipuedes, se comprobará que los indígenas sabían que su destino estaba de antemano sellado. Tenían que morir con las plumas puestas y así murieron, batalla tras batalla, celada tras celada.

Digresión sobre la filosofía del poder

El inventario cronológico de las fechas y la sumatoria de las bajas no alcanza para llegar al núcleo significativo de la guerra *de* y *contra* los charrúas. En este terreno son más rendidores los juicios de valor que los de realidad. Antes que una historia puntual de los combates, las celadas y las alternativas de una lucha despareja, interesa captar el sentido de aquella resistencia cumplida sin alivios por un puñado de hombres y mujeres aborígenes. Y descubrir también las motivaciones últimas, las que trascienden lo puntual y lo anecdótico de esta resistencia multisecular. El Profesor Renzo Pi Hugarte, en un admirable estudio que apenas se conoce en nuestro medio (*Los indios del Uruguay*, Mapfre, Madrid, 1993, Banda Oriental, Montevideo, 1998) analiza el porqué del encono hacia los charrúas, las fases de su deculturación, el asedio a que se vieron sometidos los indígenas por los intereses económicos y las presiones sociales de los representantes de la Corona y los personeros de la República. A él remito a quienes procuren obtener una explicación antropológica y sociológica de esta

hermosa y a la vez sangrienta epopeya, tachonada de mentiras, tergiversaciones y voluntarios olvidos. Los historiadores oficiales de todas las épocas han silenciado o alterado los hechos adversos a los intereses o axiologías del gobierno de turno. Quienes han manejado los documentos históricos, por ejemplo, no han repetido, con la insistencia que merece la gravedad de la denuncia, la afirmación del maestro de Artigas, el Coronel y naturalista español Félix de Azara, acerca del cuerpo de matadores de indios, los Blandengues de la Frontera. Ni tampoco se exhuman las actividades represivas del Artigas anterior a 1810, cuando al servicio de España perseguía a los charrúas. Para levantar siquiera algunos de los velos que encubren el lado sombrío de una historia escamoteada, por momentos vergonzante, que al callarse deja de ser historia escrita si bien persiste, acusatoriamente, como historia acontecimiento, voy a transcribir el juicio de Azara y las palabras de Artigas. Decía aquel en 1801 al referirse a los Blandengues:

"No hay con quien compararlos, siéndoles igualmente desconocidos el honor, pudor, vergüenza, subordinación, respeto, y en fin nada de bueno tienen y cada uno junta todo lo malo de que es capaz un hombre". Quien esto escribía era un militar español al referirse a una fuerza, también militar, creada por los españoles. Claro que sus componentes eran criollos y por aquí aflora, sin duda, el desprecio de un Coronel de escuela hacia los anárquicos e insubordinados hijos de la tierra. Por su parte Artigas, en 1803, al solicitar su retiro del ejército cita como servicios meritorios aquellos que cumplió al frente de los Blandengues: "haviendo fallecido dicho Comandante [Francisco Aldao] dispuso la superioridad quedase aquel comando a mis hórdenes, y seguidamente castigué a los Yndios apresando barios, Matando otros, y quitándoles muchos Cavallos...". Del mismo modo habría que sacar a luz y ventilarlos como lo requiere la verdad histórica los documentos pergeñados por personajes insignes –cito solamente a Lavalleja y Rivera– quie-

nes, en nombre de la civilización y el progreso o, por lo menos, de la paz y la tranquilidad de los propietarios rurales, fueron confesos enemigos de los acosados charrúas, a quienes los incesantes despojos –de los cotos de caza, de la libertad de movimientos, de la vida nomádica, de la libre disposición de la fauna, de la flora y de los ganados cimarrones– habían convertido en fieras acorraladas o, si se quiere, en defensores violentos de su derecho a la vida. Si se contempla la historia humana en escorzo, tampoco hubiera podido ser de otra manera: la ideología imperial del hombre blanco, racista y etnocentrista, fue heredada por los criollos descendientes de los conquistadores hispánicos. Dichos paleocriollos de la primera hora –vinieron luego los neocriollos descendientes de los inmigrantes novecentistas–, alimentados por las mismas fuentes que sus padres y abuelos, no tuvieron, culturalmente hablando, otra alternativa que la de atenerse a las escalas de valores del poder. Los fuertes dictan sus condiciones a los débiles; la onda expansiva de la civilización acaba, a la corta o a la larga, con los "bárbaros" y los "salvajes". En esta operación actúa la ley del artillero: la libertad y la justicia, según el concepto occidental de dichos valores, se transforman en munición en manos de quienes las imponen a quienes no tienen la fuerza necesaria para legitimar sus propias concepciones sobre la estructura de la sociedad y las normas de convivencia humana. Al cabo no se trata de una lucha entre culpables e inocentes, justos e injustos, malvados y bienaventurados, sino del imperio pragmático de los hechos. A la ética de los sentimientos siempre se ha opuesto la lógica de las armas. A la historia la disfrutan los ganadores y la padecen los perdedores; del mismo modo sucede con los códigos morales propios al colisionar con los ajenos: no triunfan los mejores a la luz de los universales de la cultura sino los respaldados por los contundentes argumentos de Calicles. En definitiva, la verdad sin el apoyo de la fuerza, por lo menos en este mundo, es un espejismo de la doctrina, un

mero voluntarismo del espíritu. Esto lo aprendieron bien los españoles cuando los aplastó el aluvión islámico, precipitado a partir del 711: "Vinieron los sarracenos/ y nos molieron a palos/ que Dios protege a los malos/ cuando son más que los buenos".

VII. La leyenda negra

A lo largo de los distintos momentos que pautan la conciencia de nuestra identidad nacional –que como un camaleón se fue adaptando al color de la circunstancia histórica condicionante– se advierte que la opinión pública rescata con nostalgia, y a veces con fervor rayano en la exaltación, aquellos personajes, hechos y procesos que en el momento de su vigencia fueron denigrados y rechazados por sus contemporáneos. El indio, el gaucho y el tango son ejemplos arquetípicos de esta ambigüedad en el juicio generacional.

El caso del indio, y en particular el de los indios charrúas, ilustra con docente énfasis dicha ambivalencia valorativa, la cual, al cabo, se ha convertido en una paradoja cultural. Dejo de lado los casos del gaucho y del tango, sobre los cuales es necesario apelar a la heterodoxia, si se quiere romper los moldes convencionales, para centrar la atención en la leyenda negra que acompañó durante su paso por el mundo a los indígenas más relevantes de nuestro pasado.

A ellos, a los ayer vilipendiados y hoy glorificados charrúas, me he venido refiriendo en los breves capítulos del presente libro. Para culminarlo, sin que ello signifique cerrar un tema propicio a futuras revisiones y sucesivas depuraciones, voy a examinar tres asuntos epilogales y a la vez colindantes: el peyorativo concepto que tenía de los charrúas la inmensa mayoría de sus coetáneos civilizados, los sucesos previos y posteriores a Salsipuedes y, por fin, el trágico destino de los cuatro indígenas que fueron exhibidos, poco menos que como fieras, en París.

Un rosario de prejuicios y denuestos

Las opiniones que han sobrevivido acerca de los charrúas conforman un archivo de expedientes siniestros, adversos a sus personas y a sus costumbres. Esto es fácilmente explicable: quienes los juzgaban eran representantes de la civilización de Occidente, de la religión cristiana, de las normas de convivencia y los estados de espíritu de una sociedad etnocentrista integrada por "hombres verdaderos". Dichos sujetos, en consecuencia, eran los dueños de la verdadera fe, la verdadera moral y la verdadera concepción del mundo y de la vida. De tal modo los europidos, egregios representantes de la raza blanca y, por añadidura, conquistadores del orbe, se sentían asistidos por Dios y la razón al sojuzgar a los pueblos de piel bronceada, negra o amarilla que habitaban los nuevos continentes, "descubiertos" antes que hallados. El descubrimiento hace nacer la cosa; el hallazgo, en cambio, hace aparecer la cosa ya existente.

Las tierras "vírgenes", por consiguiente, dejaron de serlo al ser pisadas por la planta del conquistador europeo; sus pobladores, al mismo tiempo, ingresaron a la categoría de animales con forma humana o, a lo más, de hombres incompletos, grotescos, alocados, inconstantes, desmesurados y viciosos.

Este avieso prontuario los hacía pasibles, por consiguiente, a ser borrados de la faz del planeta, o, en el mejor de los casos, sometidos al poder y voluntad de una humanidad superior e infalible por el hecho de ser la verdadera, y, a Dios rogando y con el mazo dando, la dotada con la más destructora tecnología bélica.

En definitiva y mirando los hechos sin pasión, con el ojo frío de la psicología social, la Conquista desencadenó una oleada de prejuicios y extravíos ideológicos sacados a flor de alma por el contacto con el Otro. Los sospechosos hijos de la alteridad se transformaban, no bien aparecían con sus extrañas costumbres, avíos y atavíos ante los recién llegados desde el ombligo

del mundo, en un hato de seres peligrosos, maléficos, demoníacos en suma. A medida que tropezaban con estas sub o semihumanidades, los orgullosos hombres de Occidente las iban relegando a la condición de gentes bárbaras o tribus salvajes. De tal modo los arrabales de la civilización se convirtieron en los basureros de la historia, o en pura geografía, como proponía Hegel, más exigente todavía. Allí se hacinaban los seres arrojados por Dios de sus dominios y, por ende, representantes de las faunas del Infierno: los idólatras abominables, los perros infieles, los sodomitas contra natura.

El diabólico indio americano

Las pinturas peyorativas del indio comenzaron poco después de que Colón calificara a los tímidos arawacos de las islas como "gente farto mansa" que huye "como gallinas" ante las barbadas criaturas descendidas de las carabelas. Advierte también el Almirante que "deben ser buenos servidores" si se los apresa para convertirlos en esclavos: "Vuestras Altezas cuando mandaren puédenlos todos llevar a Castilla o tenellos en la misma isla captivos". Pero cuando se trata de los aguerridos caribes o de la gente de Tierra Firme, quienes ofrecen feroz resistencia al invasor, el tono de los españoles cambia. El dominico Pedro de Córdoba traza entonces una siniestra semblanza de los indios bravos, que a su vez plagia el también dominico Tomás Ortiz cuando en 1525 los denuncia, con airada voz, ante el Consejo de Indias: "Ninguna justicia hay entre ellos; andan desnudos; no tienen amor ni vergüenza; no tienen en nada matarse o matar; no guardan verdad si no es en su provecho; son inconstantes; no saben qué cosa sea consejo; son ingrantísimos y amigos de novedades; précianse de borrachos, ca tienen vinos de diversas yerbas, frutas, raíces y granos; emborráchanse también con humo y con ciertas yerbas que los

saca de seso; son bestiales en los vicios; ninguna obediencia ni cortesía tienen mozos a viejos ni hijos a padres; no son capaces de doctrina ni castigo; son traidores, crueles y vengativos, que nunca perdonan; inimicísimos de religión; haraganes, ladrones, mentirosos y de juicios bajos y apocados; no guardan fé ni orden; no se guardan lealtad maridos a mujeres ni mujeres a maridos; son hechiceros, agoreros, nigrománticos; son cobardes como liebres, sucios como puercos; comen piojos, arañas y gusanos crudos do quieren que los hallen; no tienen arte ni mañas de hombres...".

Este rosario también se lo rezaron a los demás indígenas del Cono Sur con idénticos términos a los que aparecen en el madrugador informe: bestiales, traidores, crueles, vengativos, haraganes, sucios, comedores de piojos, etc. Quienes perseveran de tal modo en el mal, en consecuencia tampoco tienen ni "arte ni mañas de hombres". Son, sin más ni más, bestias de la peor especie.

Los charrúas, coleccionistas de trofeos macabros

Los charrúas, como no podía ser de otro modo, tampoco escaparon a esta operación descalificadora. Del Barco Centenera, el autor de un libro en verso que pretende ser la epopeya (española, por supuesto) de la conquista del Río de la Plata, y que en puridad es un atentado poético y un mamarracho histórico, presenta a los charrúas como coleccionistas de desollados rostros humanos. Martín del Barco Centenera vino al Plata como capellán en la armada de Ortiz de Zárate, quien se topó con los charrúas, desastrosamente, hacia el 1573. En las octavas reales de su libro publicado en 1602 (*Argentina y Conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos de los Reynos del Perú, Tucumán y estado del Brasil*) expresa al referirse a las costumbres guerreras del charrúa:

"Mas no por eso deja de quitarle
al cuerpo del que mata algún despojo:
no solo se contenta con llevarle
las armas o vestidos a que echa ojo,
que el pellejo acostumbre a desollarle
del rostro: ¡Qué maldito y crudo antojo!
que en muestra de que sale con victoria
la piel lleva, y la guarda con memoria".

Ningún otro cronista pudo comprobar la existencia de dicha práctica. No obstante, el Padre Lozano, desde muy lejos de nuestro escenario y sin haber convivido con los charrúas, repite el infundio echado a caminar por el Arcediano (voz que proviene del griego *archidiaconos*, el primero de los diáconos), y es ingenuamente creído por Zorrilla de San Martín quien repite esta y otras falsedades en su lamentable poema *Tabaré*. Dicho poema, proclamado por el aldeanismo de entrecasa como una auténtica reconstrucción del mundo indígena y un himno a la bravura de la raza aborigen, debería ser considerado, en cambio, como un muestrario de inexactitudes (confunde los guaraníes con los charrúas más de una vez), estereotipos (los españoles son hombres inteligentes y dignos al par que los indios aparecen como bestias ululantes, cuanto más gritonas más genuinas) y actitudes despectivas (los charrúas no merecían el disfrute de los paisajes de nuestra tierra, que transitaban ciegos y sordos a su belleza; el uso y goce del solar de las cuchillas estaba reservado, por designio del Creador, a la sensibilidad estética, a la sabiduría política y al dogma teologal de los heroicos conquistadores –"¿Quién, si no España?...–). Resuenan en estos juicios las opiniones de Ginés de Sepúlveda quien en 1547 dijo: "¿Qué cosa pudo suceder a estos bárbaros más conveniente ni más saludable que al quedar sometidos al imperio de aquellos cuya prudencia, virtud y religión los han de convertir de bárbaros, tales que apenas merecían el nombre de

seres humanos, en hombres civilizados en cuanto pueden serlo; de torpes y libidinosos en probos y honrados; de impíos y siervos de los demonios en cristianos y adoradores del verdadero Dios?". (*Tratado de las justas causas de las guerras contra los indios*).

Lozano: "es gente de poca fe y ninguna palabra"

¿Qué dice el jesuita Lozano a propósito del ser de los charrúas? He aquí cómo los pinta: "...hanse conservado hasta estos tiempos en su nativo valor, ostentando su osadía contra todos, sin que nadie se haya atrevido a sojuzgarlos; ni profesan otro reconocimiento a los españoles [¿por qué habrían de profesarlo, si sólo habían recibido de ellos plomo, sablazos y traiciones?] sino una amistad muy costosa, porque so capa de ella, ejecutan, más a su salvo, enormes maldades... Es gente de poca fe y de ninguna palabra, sino en cuanto mira su propio interés [igualito que los pundonorosos españoles]; muy alevosa, que en logrando la ocasión, ejecutan sin rubor las más feas traiciones...". Estos "siempre peregrinos y siempre en su patria" (la más exacta de las definiciones dadas sobre el espíritu andariego de los errabundos charrúas) se complacen en dar cabo a terribles acciones: "Los títulos de su mayor nobleza son haber ejecutado más muertes en sus enemigos, a quienes en matando, desollaban la piel de la cabeza, y las guardaban como perpetuos blasones...". (*Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, t. 1°, cap. XVIII).

Ya no se trata de la piel de los rostros, según el invento de Barco Centenera, quien no explica cómo practicaban dicha difícil cirugía, sino de la piel de la cabeza, lo que hace suponer que, al igual que los pieles rojas, sus hermanos de raza –así lo explica con argumentos convincentes Imbelloni– coleccionaban cabelleras. Aclaro que los indios de las praderas iniciaron

esta práctica como respuesta al precio que pagaban las autoridades coloniales inglesas por cada cabellera de indio adulto, rebajado a la mitad en el caso de la de un niño.

"¿Héroes o tigres?, ¿pensamiento o rabia?"

Zorrilla de San Martín, como dije líneas arriba, se tragó lindamente el cuento de aquellos tres representantes del clero español. En su insufrible *Tabaré* –donde al agobio de un trasnochado lirismo verborrágico se suman la inexactitud histórica y el desvarío antropológico– expresa, cuando se refiere a Yamandú, el cacique que reclama la principalía "con espantosa mueca":

> *"¿Quién, si no él, entonces, a la gente*
> *llevará a la pelea?*
> *¿Quién, si no él, que de enemigos muertos*
> *cien cabelleras en su tienda ostenta?"*

Por añadidura, Yamandú se adelantó a Hitler en eso de cuerear a los enemigos. Mientras los mata-judíos del tirano alemán encuadernaban libros con pieles humanas, el jefe charrúa, precursor de aquella espantosa práctica, con las pieles de los arachanes vencidos (indios que nunca habitaron el este uruguayo aunque en nuestras escuelas y liceos se ha perpetuado tal dislate) se entretuvo en fabricar "de su arco la flexible cuerda".

Esta cita viene a cuento para destruir la leyenda doméstica que atribuye a Zorrilla la glorificación de la gente aborigen. El *Tabaré*, mirado por donde se le mire, le hace un flaco favor a la causa indígena. Los charrúas que allí aparecen son personajes fabulosos a fuer de inventados. No son hombres sino monos aulladores metamorfoseados, por gracia del poeta que los asciende, en la jerarquía de la ferocidad, al rango de rugientes tigres.

Doña Luz expresa claramente el concepto que los charrúas merecen de los recién llegados españoles. Al dirigirse a Gonzalo, el bravo, bello y virtuoso capitán español, prototipo de los bien nacidos, exclama en un arranque de íntima sinceridad:

"esos salvajes
hombres no son, la redención cristiana
no alcanza a redimirlos
pues para ellos no fue; no tienen alma
no son hijos de Adán, no son, Gonzalo,
esta estirpe feroz no es raza humana"

Hubo profesores de literatura entre nosotros, alcanza con citar al eximio Domingo Bordoli, que consideraron inigualable y exacta la pintura que hizo Zorrilla del alma y cuerpo de los charrúas. Sin duda aceptaron también que no eran hombres. Porque Tabaré lo es sólo a medias, gracias a la herencia genética y espiritual de Magdalena, su madre. Por el lado de los indios es solamente un bicho de monte:

"Extraño ser. ¿Qué raza da sus líneas
a ese organismo esbelto?
Hay en su cráneo lugar para la idea
hay espacio en su frente para el genio.
Esa línea es charrúa; esa otra... humana
Ese mirar es tierno...
¿No hay, en el fondo de esos ojos claros
un ser oculto con los ojos negros?"

Lo charrúa y lo humano son cosas distintas y, sin lugar a dudas, opuestas. Lo que tiene de humanidad el desdichado mestizo Tabaré, llorón, melancólico émulo silvano de los prototipos literarios del romanticismo europeo, viene de su medio linaje español. Lo que heredó de su tribu, tanto somática como mentalmente –si es que Zorrilla consideraba que tuvieran mente y no sólo instinto los desgraciados charrúas– lo vincula con el reino de las fieras. Fieles a su naturaleza animal los indios atra-

viesan las páginas del poema como tigres en brama, pero a veces descienden a los sótanos de la escala zoológica:

"Genios de las riberas,
Invisibles espíritus del bosque
Que convertís en moscas o en reptiles
A los indios que vagan por la noche."

Y en otros versos, para rematar, dice el vate de la patria:

"Para llorar la moribunda estirpe
de una pupila azul necesitaba."

Porque aquellas bestias solamente rugían, dado que eran incapaces de llorar, y de reír también, como lo hacen los hombres auténticos. La agonía de la "moribunda estirpe", no obstante, fue mucho más larga que la decretada por el poeta: se necesitaron tres siglos para aniquilarla, ya que no vencerla. Y a lo largo de ellos defendieron su territorio con dignidad y valentía, tal cual lo habían hecho los españoles ante las algaradas de los sarracenos. Saque el lector ahora las conclusiones que fluyen límpidamente de este conspicuo manual de racismo de la peor especie. Y no se arguya que estos conceptos eran producto de la mentalidad entonces predominante. A principios del siglo XVI Bartolomé de las Casas había denunciado en sus contemporáneos, que de cristianos sólo tenían el nombre, idénticas barbaridades éticas y conceptuales ("los indios son como los monos", decía Ginés de Sepúlveda) a las propagadas por este descendiente de hidalgos españoles cuya pretendida alabanza al indio no es otra cosa que un grosero denuesto a su memoria.

VIII. “Héroes sin redención y sin historia”

En el siglo XVIII, el de la Ilustración, no habían mejorado en Europa los (pre)juicios sobre las desdichadas criaturas del orbe americano, considerado como sede de una naturaleza incompleta, de una fauna apocada, de una humanidad minusválida.

Una de las más ácidas y a la vez más atrayentes exposiciones acerca de la decadencia prematura, o juventud abortada, de las gentes que poblaban nuestro continente, fue la del Caballero francés George-Louis Leclerc, conde de Buffon, un eminente naturalista. En el alegato biológico, y *soi-disant* lógico a un tiempo del citado caballero, América aparece como una región inmadura del mundo, como un retablo de lástimas naturales y humanas.

América, continente débil e incompleto

Nuestro continente es un escenario poco apto para el desarrollo normal de la vida. Hay en él fuerzas oscuras, fatalidades físicas y bióticas que lo impiden. Buffon es rotundo en este sentido: “Veamos por qué se encuentran reptiles tan grandes, insectos tan gordos, cuadrúpedos tan pequeños y hombres tan débiles en este Nuevo Mundo. Esto se debe a la calidad de la tierra, a la condición del cielo, al grado del calor y de la humedad, a la situación, a la elevación de las montañas, a la cantidad de aguas corrientes o estancadas, a la extensión de las selvas, y sobre todo, al estado bruto en que se ve allí la naturaleza”.

Como se advierte, no hay escapatoria por ningún lado: América está destinada –¿por quién?, ¿por Dios?– a ser el albañal de la Creación. Resulta natural, pues, que el mise-

rable hombre americano, condenado a multiplicarse "bajo un cielo avaro y sobre una tierra vacía", sea una triste caricatura de la humanidad de Occidente. El indígena vive esparcido y errabundo, "donde en lugar de usar ese territorio como dueño, tomándolo como un dominio propio, no tenía sobre él ningún imperio; donde, no habiéndose sometido nunca a sí mismo, ni a los animales, ni a los elementos, sin haber domado los mares ni dirigido los ríos, ni trabajado la tierra, no era él mismo sino un animal de primera categoría, y no existía para la naturaleza sino como un ser sin consecuencias, como una especie de autómata impotente, incapaz de reformarla o secundarla: ésta lo había tratado más como madrastra que como madre, negándole el sentimiento de amor y el vivo deseo de multiplicarse, pues aunque el salvaje del Nuevo Mundo sea poco más o menos de la misma estatura que el hombre de nuestro mundo, esto no basta para que constituya una excepción al hecho general del empequeñecimiento de la naturaleza viva en todo ese continente. El salvaje es débil y pequeño por los órganos de la generación; no tiene vello ni barbas y ningún ardor para su hembra" (*Histoire Naturelle*, París, 1750).

No obstante las barbaridades e inexactitudes que acumula en su diatriba el naturalista francés, esta munición de grueso calibre no puede vulnerar los logros de las civilizaciones urbanas del Nuevo Mundo, cuyos ingenieros, astrónomos, arquitectos y artistas siguen asombrando a los historiadores contemporáneos. De todos modos, adviértase la "mala prensa" que en el Siglo de las Luces tenían los aborígenes americanos en las sedes del saber, la riqueza y el poder mundiales. Nada se había adelantado sobre los ingleses Denne (1597) y Daniel (1599) quienes se habían referido, en las postrimerías del siglo XVI, a "esa porción inmadura de la Tierra" y al "Occidente aún no formado".

Los juicios de Azara y De la Sota

No todos los historiadores y cronistas de antaño son adversos a los charrúas. Azara se sorprende por la suciedad de aquellos "comedores de piojos" –costumbre alimenticia común a muchos pueblos prealfabetos– pero les reconoce aptitudes físicas y destrezas ecuestres superiores a las de los españoles. El viejo historiador Juan M. De la Sota admite "la ferocidad de su carácter, estado de barbarie en que vivían y hábitos de pillaje", pero no los denigra, como asegura Ángel H. Vidal. Por el contrario, los exalta con expresiones que sin duda no compartía la mayoría de sus contemporáneos: "Bien podría decirse que son los Espartanos de la América. Celosos de su libertad jamás desistieron de pelear por ella y la restauración de sus antiguas posesiones. El débil recuerdo de su existencia cierra hoy la página de sus esfuerzos. Millares de fosas se han abierto por el espacio de tres siglos y en ellas se han hundido [...] combatiendo en el Occidente de su territorio [...] y en el Oriente" contra sus "enemigos irreconciliables". (*Historia del territorio oriental del Uruguay*, Montevideo, Imprenta de la Caridad, 1841).

Las opiniones de Figueira y Berra: palos y más palos

No tiene la misma capacidad de reconocimiento un ilustre estudioso y educador que escribiera en el año 1894 un excelente ensayo paleoetnológico. En efecto, nuestro conocido y reverenciado José H. Figueira expresa en *Los primitivos habitantes del Uruguay* que "eran los charrúas esencialmente guerreros y turbulentos, vengativos y falsos. No se sometían a nadie. Su carácter era taciturno y apático. Jamás manifestaba su semblante las pasiones del ánimo. Cuando reían entreabrían los labios, sin dar la más ligera carcajada y en sus comunicaciones hablaban siempre en voz baja y poco expresiva, llegan-

do al extremo que cuando tenían que llamar a algún compañero, antes de gritarle, trataban de aproximársele. Los charrúas eran poco perseverantes: solo en el espionaje y en la caza demostraban tener mucha paciencia. Desde el punto de vista intelectual, poseían una organización inflexible, incapaz de adaptarse permanentemente a una civilización superior. Los misioneros difícilmente lograban convertirlos y durante los tres siglos que estuvieron en contacto con los europeos, modificaron muy poco sus géneros de vida. Su temple era serio y poco comunicativo, algo curiosos y de escasa inventiva; pero tenían las facultades perceptivas muy desenvueltas, particularmente la vista y el oído, en que aventajaban a los españoles...".

"No tenían estos salvajes en su trato palabras ni acciones que significaran en lo más mínimo, consideración de respeto y de urbanidad. Tampoco existían en sus costumbres juegos, bailes ni canciones, ni instrumentos musicales, ni conversaciones ociosas. Durante los días calurosos de verano se bañaban y en esto consistía, puede decirse, su única diversión". Contradiciendo esta virtud higiénica dice luego: "Además eran sucios y por lo regular no se lavaban; así es que iban muy hediondos y llenos de muchos parásitos, los cuales buscaban las mujeres con empeño, pues eran muy golosos de ellos. Sus sentimientos morales se hallaban caracterizados por la falta de temperancia. Cuando podían disponer de aguardiente, andaban ebrios. También eran variables, falsos, rencorosos y vengativos con los enemigos; crueles en la guerra, aunque hospitalarios con los prisioneros; faltos de urbanidad; indiferentes los unos con los otros; poco celosos y de escaso afecto filial. Las ideas que tenían eran limitadísimas...". Luego de esta sombría pintura el paleoetnólogo da paso al historiador. Y yerra nuevamente pues toma la parte por el todo: confunde la acción de Mataojo, a cargo del sobrino, con la de Salsipuedes, llevada a cabo por el tío. Veamos, si no, esta sarta de inexactitudes: "Para evitar sus pillerías y continuos perjuicios que ocasionaban a los poblado-

res de la República fue menester destruirlos. El coronel don Bernabé Rivera, en el año 1832, les preparó una emboscada en el Queguay, y mató a la mayor parte de los indios. Los pocos que se salvaron se distribuyeron en la provincia de Rio Grande, en la parte fronteriza de nuestro territorio". Ya se podrá comprobar en los capítulos X y XI que las cosas sucedieron de otro modo y en otra fecha y que los sobrevivientes fueron aprisionados, repartidos o embarcados; nadie quería saber nada con ellos y su lastimoso fin tampoco fue lamentado por nadie. Hoy, lejos de su ruda y agresiva presencia, de su empuje libertario, les rendimos el tributo melancólico, para no decir hipócrita, que fluye del cinismo de un conocido dicho: "el indio bueno es el indio muerto".

El aire del tiempo decimonónico amparaba opiniones como las anteriores, expresadas en medio de una general aquiescencia. No había disensos acerca de la malvada condición de aquellos indígenas, ya salidos para siempre del escenario de la historia en beneficio de la pública tranquilidad. Un historiador de ese período finisecular, en la cuarta edición de un libro bien construido, donde la figura de Artigas aparece como la de un caudillo desalmado y cicatero, lo cual embravece tanto a la verdad histórica como a nuestros espíritus, reitera lo manifestado por Figueira acerca de los charrúas: "Eran falsos, alevosos; nunca respetaban sus compromisos; no sentían amistad respecto de naciones extranjeras, sino fría y aparente; pero en los casos de peligro sabían unirse y mantener esa unidad mientras les fuera útil". (Francisco Berra, *Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, 1895).

Siguen los denuestos

Estos juicios adversos a los indios bravos son sólo unas pocas muestras del cúmulo de diatribas, insultos y falsedades

que rodeaban a los charrúas con un halo siniestro. Pero todo este repertorio de acusaciones partía de una conciencia que ponderaba las obras propias y denigraba las ajenas. "Verdad de este lado de los Pirineos, mentira del otro", decía Pascal. Lo bueno para el hombre blanco no lo es para el indio, y viceversa. Lo que se considera falsedad desde una orilla es estrategia de la libertad desde la otra. El espíritu sombrío, la seriedad glacial con que trataban a sus verdugos –los odiados extranjeros– mostraba medio hemisferio de la personalidad colectiva de los charrúas. Tribu adentro, lejos de los peligrosos mirones, exis-tían la risa, la lealtad, la ternura, la filantropía tribal. Ese otro hemisferio, el del Nosotros, desplegaba una positiva escala de valores que el español o el criollo desconocían y por lo tanto descalificaban: el alma del insensato desprecia cuanto ignora.

Pero es tiempo de asomarnos en el brocal del pozo del odio. Rivera, al igual que sus conmilitones y la inmensa mayoría de sus compatriotas, detestaba a las indiadas insumisas que atentaban contra "la riqueza" de los propietarios rurales. Parece que estaba en los propósitos del gran caudillo, Presidente del Uruguay a partir de 1830, empujar a los charrúas hacia Rio Grande do Sul. Pero su concepto negativo sobre la naturaleza de dichos indios, aceptados como aliados cuando las papas quemaban y perseguidos cuando se tenía la sartén por el mango, fue claramente expresado por su correspondencia oficial y privada a partir de 1824. El 25 de agosto de ese año se dirigía al Barón de la Laguna en los siguientes términos: "Son los Charrúas Exmo. Sor. unos restos preciosos por su oriundez, pero detestables por su carácter feroz, indómito, errante, sin anhelo, sin industria, sin virtudes, por consiguiente tan sangriento que iguala, sino excede, a los Natches e Iroqueses...". "Con ellos no hay paz durable sino aquella que se compra con el oro, o se asegura por el terror de las bayonetas". No obstante este juicio, que prefigura lo que sucedería en Salsipuedes siete años más tarde, Rivera había remitido al mismo Barón, alto dignata-

rio del Estado Cisplatino, un bosquejo de "arreglo" del problema charrúa. En la ambivalencia del espíritu de Rivera, que por un lado no olvidaba el apoyo de los charrúas a los patriotas de la primera hora, reiterado en 1828 durante su fulminante campaña de las Misiones, apuntalada por los lanceros indígenas, pesaba de modo decisivo la necesidad de facilitar el trabajo pacífico a los estancieros y sosegar a la insurgencia y criminalidad rurales, efectos y no causas de una economía latifundista y un poder atomizado. Tanto los cuereadores clandestinos, los "gauchos", los "vagos" y los "malentretenidos" como los charrúas constituían presencias escandalosas y vandálicas –júzguese el calificativo a la luz de los intereses económicos de un país anarquizado y paupérrimo– en los campos uruguayos. Había que terminar con los unos y los otros. La impotencia del gobierno no daba para solucionar con filantropía el problema de los marginados económicos y sociales, ni podía permitir atropellos a los señores semifeudales que, de algún modo, sustentaban la frágil existencia del Estado. Para neutralizar a los primeros, hombres blancos o mestizos incorporados a la cultura criolla, se utilizó el cepo, la prisión, a veces la refalosa. Para acabar con los segundos, tal como estaban planteadas las cosas –una ley física demuestra que dos cuerpos no caben en un mismo espacio y una ley polemológica acredita que los bien armados cuando son muchos aniquilan a los mal armados cuando son pocos– sólo restaban dos vías complementarias. Una conducía al genocidio, al exterminio de los guerreros indígenas. Otra llevaba al etnocidio, esto es, al reparto de las mujeres y niños sobrevivientes, al cegamiento de las fuentes de la cultura, a la destrucción de la trama de la sociedad. Ambos caminos fueron seguidos, como veremos, al pie de la sangre y de la letra.

Conclusión del silogismo

Un historiador que procuró atenuar este lado oscuro de un personaje fundamental en la gesta de la patria uruguaya quiso justificar la resolución de Rivera. En tal sentido Ángel H. Vidal escribe: “Todos los más respetables testimonios, los más fehacientes de plena y definitiva verdad para siempre (como tenían necesariamente que serlo los de las autoridades y cronistas de su tiempo, unánimemente, sin una sola excepción), comprueban la índole inferior y la más baja condición higiénica en los indígenas charrúas, al referirse a su insensibilidad, a sus repugnantes hábitos, a su vida irracional, a su uso de la mentira, a su deslealtad, a sus instintos monstruosos, a su degradación en la inconciencia y en la falta de sentido moral” (*La leyenda de la destrucción de los charrúas*, 1932). Como se podrá comprobar, la serpiente devora su propia cola. Reaparecen, en pleno siglo XX, los mismos ideologizados juicios del siglo XVI. Los indios, entenados de una naturaleza a la vez caprichosa y lisiada, seres abyectos y sin merecimiento alguno, han de ser, a causa de sus vidas pecadoras, borrados de la faz de la Tierra. La conclusión del silogismo no se hace desear: los charrúas, en tanto que indios, deben desaparecer del mismo modo. Y lo que no se logró a lo largo de tres siglos con las armas se pudo finalmente con el etnocidio, esto es, con la destribalización, la deculturación, la sumersión de una empecinada sociedad combatiente, defensora de su espacio vital, de su libertad sin cortapisas, de sus arcaicas escalas de valores.

IX. Salsipuedes

Una de las zonas urticantes de la historia nacional, sobre la cual se pasa a menudo a toda carrera, y eso en el mejor de los casos, pues el silencio ha sido la norma, es la que atañe a los sucesos del año 1831, relacionados con la matanza y destribalización de los charrúas.

Los hechos de aquel entonces han sido interpretados, ya como una cruel necesidad, ya como una inútil carnicería. Los admiradores y los enemigos políticos de la figura del General Fructuoso Rivera han contemplado el episodio de Salsipuedes a la luz de los intereses partidarios que, a partir de aquel entonces –el enfrentamiento entre los latentes idearios de los futuros blancos y colorados–, se han proyectado a lo largo de todo el acontecer nacional y a cuyo influjo no han podido escapar las evocaciones contemporáneas.

De todos modos, los archivos demuestran que en el caso del exterminio de los charrúas no puede atribuirse al brazo ejecutor la responsabilidad total del hecho. Todos los integrantes de la población criolla apoyaban explícita o tácitamente la desaparición de los aborígenes. Rivera fue solamente el gatillo de un arma cargada desde mucho tiempo atrás.

Pero el tema de Salsipuedes sigue siendo fértil, porque es polémico por una punta y dialéctico por la otra. Los criollistas, atentos a los argumentos de quienes procuraban pacificar la campaña y velar por la buena marcha de las estancias, aprueban las extremas medidas llevadas a cabo por Fructuoso Rivera en Salsipuedes y por Bernabé Rivera en Mataojo.

Los indigenistas, en particular los de nuestros días, científicamente asistidos por los antropólogos y políticamente embanderados en movimientos de protesta radical, consideran

que fue alevosa y excesiva la determinación de acabar con los charrúas, aliados con los patriotas durante la gesta de la independencia, mediante el engaño primero y una celada traicionera después.

Contemplado el tema desde un punto de vista pragmático, al margen de los afectos o desafectos que puedan suscitar sus protagonistas, es fácil advertir que, tanto en la historia mundial como en la americana, al producirse el choque de los pueblos civilizados del Occidente con las naciones "bárbaras" o "salvajes", los triunfadores fueron los mejor armados y organizados, lo cual no significa que hayan sido superiores a los vencidos en el orden de las virtudes morales. El destino de los charrúas estaba sellado desde el momento que desembarcaron en América los contingentes hispánicos. La mayoría de los pueblos indígenas fueron rápidamente doblegados por la invasión del Occidente. Otros, como nuestros indígenas, combatieron durante tres siglos contra los ejércitos coloniales antes de ser destruidos por los ejércitos republicanos.

El estado de la campaña en 1830

Cuando nuestro país asoma a la independencia política y se constituye como Estado, en los establecimientos ganaderos situados al norte del río Negro reinaba una situación caótica. Cuereadores clandestinos, cuatreros y melenudos forajidos sin otra ley que la de sus cuchillos, no le iban en zaga a los charrúas, quienes, en constantes correrías tras los ganados "ajenos", que ellos suponían propios, sobresaltaban con sus galopes, robos y golpes de mano a los estancieros y sus peonadas.

Rondeau y Lucas Obes advierten en enero de 1830 que debe ponerse coto a "los perversos que hacen la guerra constantemente a los ganados", cuyas fechorías provocan "el clamor penetrante de aquella parte del vecindario que tanto ha

merecido de la Patria por sus esfuerzos en la lucha contra el Brasil". En consecuencia, el gobierno debe asegurar "a cada ciudadano la más tranquila fruición de sus propiedades", lo que requiere, de antemano, acabar "con las gavillas" que las devastan. Del mismo modo se propone saber "cuál es la situación de los salvajes llamados charrúas" y averiguar si "es cierto que en sus tolderías se hallan un número considerable de vagos y desertores". Esta providencia señalaba al General Rivera como el encargado de llevar a cabo estas tareas previas a un arreglo general de los campos, a los efectos de su pacificación definitiva.

Al igual que Rondeau y Lucas Obes, un mes después, en febrero de 1830 Juan Antonio Lavalleja comunica al Comandante General de armas, Brigadier General Fructuoso Rivera que, con relación a los "excesos cometidos por los Charrúas", hay que proceder con mano de hierro. Los términos de su oficio son perentorios; "para contenerlos en adelante y reducirlos a un estado de orden y al mismo tiempo escarmentarlos, se hace necesario que el Señor General tome las providencias más activas y eficaces, consultando de este modo la seguridad del vecindario y la garantía de sus propiedades. Dejados estos malvados a sus inclinaciones naturales y no conocido freno alguno que los contenga, se librarán sin recelo a la repetición de actos semejantes al que nos ocupa, y que le son familiares". Y de inmediato recomienda "altamente al Señor General la más pronta diligencia en la conclusión de este asunto, en el que tanto se interesa el bien general de los habitantes de la Campaña". El tono de esta comunicación no da lugar a dudas: el tiempo de los charrúas toca a su fin. Las figuras prominentes de los gobiernos que se sucederán de aquí en adelante serán solidarias en cuanto a las responsabilidades generadas por el exterminio de aquellos soliviantados indígenas. Las razones del indio y las del pobre suenan –la historia lo demuestra– como campanas de palo. Si bien los ganados que poblaban las enormes

estancias, que durante el coloniaje se llamaban "los inconmensurables", alcanzaban para el abastecimiento de todos, aunque la lucha contra el Brasil los había raleado intensamente, dicho argumento no tenía validez jurídica. El derecho de los propietarios de la tierra y sus escasos servidores primaba sobre las necesidades de alimentación y supervivencia de los antiguos dueños del país, condenados al exilio en su propio reino. Esa era la ley impuesta por el hombre blanco y se haría respetar a sangre y fuego, como efectivamente sucedió. Suponer otras conductas es totalmente irreal: la razón de Estado, antes y después de Maquiavelo, ha sido inflexible, no importa si justa o injusta. El derecho, decía Icilio Vanni, es el precipitado histórico de la justicia, y a veces la ley resulta ser un cascarón vacío, que no contiene justicia alguna. La fuente del derecho es el poder, y eso lo supieron juristas como Kelsen o políticos como Napoleón, Lenin o De Gaulle.

Los gauchos y los indios

Cuando Rivera asume en 1830 la presidencia de nuestro país las estancias cimarronas estaban en crisis. Ladrones de cuero y ganado de todos los pelos se habían adueñado del país interior, un océano de hierbas salpicado, de tarde en tarde, por los islotes de las estancias. Eugenio Garzón confirma en un parte militar esta condición de la tierra adentro: es muy difícil internarse en los gramillales abiertos "por las escavrocidades que presenta la campaña, en unas distancias tan inmensas, y la falta de toda clase de auxilios, pues que todo es un desierto espantoso, y sólo pueden vivir en él los Changadores que, connaturalizados a alimentarse con carne de Yegua y otros animales inmundos, les es menos mortificante vivir allí que a nuestras tropas, no acostumbradas aun a estos alimentos". Los documentos no son fehacientes. Hay que saber interpretarlos,

leyéndolos entre líneas. Los soldados que iban tras los vagos y los indios estaban acostumbrados a comer lo que viniera a boca. Quien no lo estaba era el ciudadano Garzón, al que le asqueaba consumir "animales inmundos". Esta generalización proyecta sus personales hábitos sobre el común de la soldadesca, en absoluto tan refinada como el melindroso jefe. En consecuencia, no puede ser tomada en serio.

Pero lo que interesa es lo sustancial. Rivera, ya Presidente, delega el poder, abandona Montevideo, y parte tras los bandoleros y los indios. A los primeros, los "gauchos", como se dice en los partes de guerra del propio Garzón, se los redujo, se les quitó los productos de las proficuas cuereadas, se les metió en el cepo y en el calabozo, pero la sangre no llegó al río. A los charrúas, en cambio, se los condenó a la muerte física y a la muerte cultural, más terrible aun que aquella.

La celada de Salsipuedes

Rivera, su sobrino Bernabé, el General Laguna y otros jefes se mueven con sigilo. No es posible luchar frontalmente contra los quinientos charrúas que se diseminaban aun al norte del río Negro. Todavía son temibles enemigos los remanentes de una etnia ayer soberbia y por ese entonces acosada, degradada y debilitada por el contacto con los vicios y enfermedades del hombre blanco, aunque dueña del espacio de los galopes y la estrategia de la supervivencia en un medio cada vez más hostil. Rivera se desplaza como un zorro cauteloso, al par que utiliza un doble discurso, como ahora se dice. Hay que prometerles a los indios el retorno al Paraíso Perdido del área riograndense. Luego es menester reunirlos sin que sospechen las intenciones de los promeseros y a continuación distraerlos, emborracharlos y, mediante un ataque fulminante, acabar con los caciques y los guerreros jóvenes.

Sobre la acción de Salsipuedes, acaecida en las puntas del Queguay el 11 de abril de 1831, no existen casi detalles. El diario El Universal, publicado en Montevideo, dice brevemente en su edición del 15 de abril: "Estamos informados de que en el día 10 del corriente ha habido una acción en Salsipuedes, entre los Charrúas y la división del inmediato mando de S.E. el Señor Presidente en campaña, en la cual han sido aquellos completamente destruidos". En realidad, no fueron completamente destruidos. Algunos caciques, desconfiados, no acudieron a la cita. Otros indios, muy pocos, pudieron escapar. Los muertos no fueron los cuarenta que consigna el parte de Rivera ni los miles que los charruistas endilgan a las malas artes del General. Como antes dije, por ese entonces los charrúas eran alrededor de medio millar. Luego de la acción, breve y mortífera, los viejos, niños, mujeres y algunos combatientes fueron tomados prisioneros y conducidos a la capital. Su destino fue sellado por un etnocidio llevado a cabo con habilidosos procederes, que algunos califican como satánicos y otros como humanitarios.

El parte de guerra de Rivera

La salida del cuerpo expedicionario a cargo del General Rivera cumplió a cabalidad con sus dos objetivos: terminar con las fechorías de los cuatreros y acabar con los charrúas. En la realidad de las cosas, aquellos eran mucho más activos que éstos en la promoción del desorden rural. Un conocedor del estado general de la campaña, el maestro José Catalá, en carta dirigida a Gabriel Antonio Pereira el 15 de diciembre de 1830 le expresaba lo siguiente: "es notorio que entre ese puñado de Charrúas se ha abrigado un número considerable de asesinos y ladrones, y que éstos son los motores y factores de las incursiones, robos y asesinatos que se cometen bajo el nombre de Charrúas". No obstante, recomienda acabar con los indios, para que aquellos pierdan a sus

protectores, mediante un golpe que "sea dado con tanto secreto que nadie lo trasluzca, ni aun los mismos que van a ejecutarlo, sino en el mismo momento de darlo". Coincidencia o consejo, la recomendación de Catalá se compadece con el sigilo que desplegó Rivera para armar la encerrona. Luego del combate, si así se le puede llamar, se difunde un cuidadoso y hasta elegante parte de guerra, fruto de los buenos oficios de un secretario letrado, cuyo contenido no tiene desperdicio alguno, tanto en lo que trasluce su meditada y elusiva sintaxis como en lo que callan sus calculados silencios. Trascribo a continuación la primera parte de este documento para que el lector lo examine y medite a la luz de cuanto hasta ahora se ha mostrado del choque entre la etnia charrúa y la cultura criolla:

"Cuartel general, Salsipuedes, Abril 12 de 1831.

Después de agotados todos los recursos de prudencia y humanidad; frustrados cuantos medios de templaza, conciliación y dádivas pudieron imaginarse para atraer a la obediencia y a la vida tranquila y regular a las indómitas tribus de Charrúas, poseedoras desde una edad remota de la más bella parte del territorio de la República; y deseoso, por otra parte, el Presidente General en Gefe de hacer compatible su existencia con la sujección en que han debido conservarse para afianzar la obra difícil de la tranquilidad general; no pudo temer jamás que llegase el momento de tocar, de un modo práctico, la ineficacia de estos procederes neutralizados por el desenfreno y malicia criminal de estas hordas salvajes y degradadas. En tal estado, y siendo ya ridículo y efímero ejercitar por más tiempo la tolerancia y el sufrimiento, cuando por otra parte sus recientes y horribles crímenes exijan un ejemplar y severo castigo, se decidió a poner en ejecución el único medio que ya restaba, de sujetarlos por la fuerza. Mas los salvajes, o temerosos o alucinados, empeñaron una resistencia armada, que fue preciso combatir del mismo modo, para cortar radicalmente las desgracias, que con su diario incremento amenazaban las garan-

tías individuales de los habitantes del Estado, y el fomento de la industria nacional, continuamente depredada por aquellos. Fueron en consecuencia atacados y destruidos, quedando en el campo más de 40 cadáveres enemigos,y el resto con 300 y más almas en poder de la división de operaciones. Los muy pocos que han podido evadirse de la misma cuenta, son perseguidos vivamente por diversas partidas que se han despachado en su alcance, y es de esperarse que sean destruidos también sino salvan las fronteras del Estado".

Lo que sigue tiene que ver con el único muerto registrado en las filas gubernamentales, el joven teniente Maximiliano Obes, los diez heridos en la acción y el valor de los jefes y oficiales cuyos méritos se encomian ante las autoridades del gobierno, que muy poco después reasumiría el propio Rivera. No se habla, en cambio, de los guaraníes misioneros, incorporados subrepticia y silenciosamente a sus filas, que murieron como moscas.

La encerrona mortal de Salsipuedes fue seguida por la estratagema de la barra del Mataojo, donde el 17 de agosto de 1831 terminó Bernabé la operación comenzada por su tío Fructuoso. Luego de este episodio menor se comentó por nuestro ya conocido maestro Catalá que los charrúas eran parte de "una fuerza que, según rumores, se pensaba hacer servir para derribar las autoridades constituidas". Y agregaba, sibilinamente: "ya se les ha acabado a los enemigos de la actual administración la cantinela de los Charrúas. Veremos cuál otra inventan, porque quietos no han de estar". Claro que no se quedaron quietos. Las guerras civiles perturbaron la República durante terribles decenios; fueron, los unos y los otros, los gobernantes y los aspirantes a derrocarlos, los fundadores de la Tierra Purpúrea, empapada por la sangre de los degüellos entre hermanos. Pero este asunto atañe a nuestra historia civil, no a la triste crónica de la destribalización de los charrúas, chivos emisarios de los dueños del poder.

X. El reparto de las "chinas" y sus "crías"

Luego de la acción de Salsipuedes, donde quizá murieron alrededor de cien guerreros charrúas* dio comienzo la segunda fase del plan de exterminio. Si el genocidio, o sea la muerte física de las tribus soliviantadas y "rapaces", no había sido total, sí lo fue el etnocidio. Por etnocidio se entiende la destrucción social y cultural de una etnia, esto es, el cuerpo de costumbres, los modos de ser y de hacer, las concepciones del mundo y de la vida de un determinado pueblo.

El proceso de deculturación, cuando entra en contacto una cultura dominante con otra dominada, se produce con relativa lentitud; el etnocidio, por el contrario, es súbito y dramático: obra como una guillotina colectiva.

En el caso de los charrúas el etnocidio se tradujo en el reparto de las "chinas" y sus "crías" sobrevivientes, separadas para siempre las unas de las otras por expresa determinación del Superior Gobierno, según rezan los documentos de la época. Ya se verá luego el modo de aplicación, eficaz y preciso, de los procedimientos utilizados para acabar con los vínculos genéticos y afectivos que mantenían vivo y alerta al espíritu tribal. Pero antes de seguir adelante conviene aclarar que "china" es una voz quechua que sirve para designar a las sirvientas y que la palabra "cría" se utilizaba despectivamente, con el fin de remitir los niños charrúas a la mera condición animal.

(*) El 15 de abril de 1831 escribe el Gral. Fructuoso Rivera: "Sorprehendida y destruida el 11 del corriente la horda Salbaje de charrúas, esta indómita tribus ha pagado caramente sus antiguos y recientes crímenes, quedando muertos en el campo la mayor parte, y el resto, con sus familias y ganados en poder de la división de operaciones". Como algunos han escapado ordena entonces al Comandante General de la Colonia del Cuareim que salga "en persecución de ese puñado de bandidos hasta su total exterminio".

Entre la cárcel y el exilio

Los lanceros jóvenes y los guerreros veteranos que habían caído prisioneros fueron considerados como peligrosos forajidos –la calificación de revoltosos, ladrones, asesinos, violadores, cuereadores y demás atributos criminales tipificaba su despreciable calaña– y, en consecuencia, una vez llegados a Montevideo, fueron remitidos a la cárcel. Allí, molidos a golpes y minados por las enfermedades, en particular la tisis, tuvieron sin duda un rápido y miserable fin, aunque no existen testimonios de las autoridades sobre su suerte.

No obstante, el gobierno manifestaba públicamente que nada quería saber con ellos: prefería verlos fronteras afuera y el mejor procedimiento sería entregarlos a los capitanes de barco que aceptaran convertir en marineros a esos recalcitrantes hijos de la tierra, desconocedores del océano y la navegación de altura, para exiliarlos definitivamente de su antiguo y bienamado terruño.

Ellauri expresa esta determinación en un oficio del 17 de mayo: "El gobierno quiere que por ese Ministerio [el de Guerra] se prevenga a la capitanía del puerto para que se le haga entender a los Capitanes de buques que salgan para ultramar que se hallen dispuestos a franquearles uno o dos charrúas para que los dediquen al servicio que les convenga sin permitirles saltar a tierra interín se hallen en el puerto".

El destino de la "chusma"

El 13 de abril de 1831, desde su cuartel del Salsipuedes, don Fructuoso Rivera, "Presidente general en gefe" decide que "las familias de los indígenas tomadas en la jornada del 11 deben recidir en el recinto de la Capital tanto para consultar su seguridad y educación, como para convertir esa muchedumbre

salvaje en una porción útil de la sociedad y en especial de las familias menesterosas de esa Ciudad...". Ninguna de esas tres determinaciones fue corroborada por los hechos: los indios no recibieron educación ni contaron con seguridad alguna –hubo quien torturó a los indiecitos quemando sus cuerpos con tizones–; no se convirtieron en una porción útil de la sociedad pues las gentes prealfabetas o arcaizantes, hechas a la vida tribal, donde prima otra lógica y otra ética, otra filosofía de la vida y otro modo de relacionarse con las presencias naturales y las potencias numinosas del contorno, no se adaptan a las costumbres civiles, y, finalmente, su trabajo no ayudó a los desamparados a salir de la condición menesterosa puesto que fueron reclamados por las familias patricias para ser convertidos en sirvientes de ínfima categoría, cuando no en esclavos.

El reparto comenzó en el mismo campo de batalla. Rivera agrega en el oficio citado que: "a varios Gefes y oficiales del Ejército de Operaciones que han contribuido eficazmente al logro de estos resultados se les han distribuido algunos adultos para su educación y servicio propio". Debe suponerse que entre esos "adultos" es imposible que figurara hombre alguno; los lanceros charrúas eran irreductibles a toda disciplina impuesta por los representantes de la civilización, y, como tales, mal podían ser educados y convertidos en sirvientes. Por un simple descarte, los aludidos "adultos" estarían representados sin duda por las mujeres jóvenes, que muchachas en flor hay en todas las razas y todas son apetecibles. Al lector no le costará adivinar qué tipo de servicio prestarían a esos hombres solos, y qué suerte de educación podrían recibir aquellas hembras altas, macizas, y a veces hermosas según el canon eurocriollo, en las horas de impunidad y desenfreno sexual que suceden a los triunfos militares. Luego, sin duda, serían incorporadas a las servidumbres domésticas. Pero mientras tanto servirían de vainas para aquellos rijosos facones masculinos.

A pata, desde el Queguay hasta Montevideo

No todas las mujeres de los guerreros fueron convertidas en ocasionales mancebas. La mayoría fue obligada a emprender una dura marcha hacia el sur. A lo largo del camino se inició entonces la repartija de las "crías".

Se cumplía así con una arraigada tradición colonial: cada vez que los indios eran derrotados sus hijos y mujeres se incorporaban como servidores a los hogares de la gente hispana y criolla. Desde Canelones la hermana del General Julián Laguna le pide a éste "una chinita como de ocho años y un baroncito de edad de siete para don Pedro de Pereda de quien reciviría[n] un buen trato y educación"; por su lado, Felipe Duarte, desde Santa Lucía, solicita un "yndiecito" pues "lo puedo heducar y aser hombre". Pero estos eran los postreros pedigüeños: leguas atrás, por el corazón del país, se fue desperdigando el racimo de "charruitas", ya que los vecinos de distintas localidades y estancias los requerían a su paso. En nuestros días los antropólogos –uno de ellos es Leonel Cabrera– están investigando los registros parroquiales del interior para detectar los bautismos de aquellos "chinitos" infieles que, como migajas, fueron quedando a lo largo del éxodo forzado del verdadero pueblo oriental, si es que se consideran las cosas desde sus raíces originarias.

El grueso de los prisioneros, luego de una travesía que insumió tres semanas, arribó finalmente a Montevideo. Los partes militares y las crónicas civiles no detallan cuántos sucumbieron en esas terribles jornadas a campo traviesa. Pero las cifras permiten hacer cuentas bastante próximas a la realidad: de los 400 cautivos que salieron desde Salsipuedes llegan 166 al corralón del Cuartel de Dragones.

Ese contingente estaba formado por 43 niños "de pecho de ambos Secsos", 29 hombres y 94 mujeres. Pero Juan Cora, el encargado de la distribución, sólo repartió "setenta y nueve charrúas entre chinas grandes y chicas de pecho". Los varo-

nes mayores de quince años quedaron retenidos: once marcharon a la cárcel y el resto fue ofrecido a los capitanes de los barcos. Cinco se hicieron a la mar y fueron, en principio, a parar en las Malvinas. Mataojo murió a bordo; Tacuabé, Senaqué, Vaimaca-Perú y Guyunusa fueron exhibidos, como fieras, en París. Pero en los diarios montevideanos de ese entonces nada se dijo: ya los indios charrúas no eran noticia.

Vae victis

Los infelices prisioneros desfilaron por las calles de Montevideo antes de ser metidos en el corralón los unos y en la cárcel los otros, según la peligrosidad atribuida. De su paso queda el testimonio de un extranjero que contempló aquella lamentable caravana de vencidos, los últimos restos de un pueblo otrora indomable. Dicho testigo, el teniente primero de la Marina Real Sueca A.G. Oxehufvud, entregó un relato fidedigno al también sueco C.E. Bladh, quien lo publicó en su libro *Viaje a Montevideo y Buenos Aires* (Estocolmo, 1839). Este, antes de cederle la palabra al marino compatriota, expresa:

"Tuve oportunidad de ver la llegada de estos infelices y la forma brutal como eran tratados y destruida su comunidad". Luego transcribe la nota del marino, quien dice: "A pocos días de mi encuentro con esa fuerza armada, Rivera hizo su entrada triunfal en Montevideo. Iba a caballo delante de sus *valientes* compañeros de armas y atrás venían los prisioneros rodeados por una fuerte guardia. Los hombres tenían las manos atadas a la espalda, y las mujeres llevaban los hijos pequeños en brazos y a los mayores de la mano. Los indios cubrían sus cuerpos con pieles, las indias tenían una especie de falda de pieles y algunas una camisa vieja. Los niños iban desnudos. Se notaba en ellos gran falta de higiene, y cuando avanzaban por las calles éstas se llenaban de un hedor muy fuerte. Después de su llegada todos fueron encerrados en un corral, bajo custo-

dia. Se les entregó leña y carne y se hizo fuego, formándose grupos de 10 o 12 personas alrededor de varios fogones. Apenas asada la carne y aun en buena parte cruda, fue comida con avidez...". El General Antonio Díaz, en su *Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata*, Montevideo, 1877, t. II, se suma a esta actitud de rechazo al trato infame recibido por aquellos prisioneros: "estos desgraciados debían tener un fin indigno de la civilización". Pero el general escritor, al estigmatizar la conducta de sus adversarios políticos, olvidó una lamentable constante del género humano. Civilizados o no, a lo largo de la historia, que en muchas ocasiones no es otra cosa que "la historia universal de la infamia", los triunfadores han actuado según el espíritu del *vae victis*, dicho latino que traducido al buen romance significa "¡ay de los vencidos!".

La "domesticación" de la indiada sobreviviente

Un oficio del 18 de abril firmado por el Dr. José Ellauri define la filosofía que inspiró el reparto de los charrúas. En otras regiones de América las operaciones semejantes a las llevadas a cabo por el General Rivera culminaron con el exterminio masivo de la población indígena. De tal modo procedieron en los EE.UU. los militares que, a partir de la guerra total contra los pieles rojas desatada por Jackson, arrasaron los campamentos, pasando por las armas a los niños, a las mujeres y a los ancianos. En nuestro caso, pese a la crueldad de los procedimientos, se respetó la vida de los prisioneros y se procuró "domesticarlos". Domesticar es introducir al *domus*, a la casa, los animales y las personas salvajes para dulcificar sus modos de ser, para adaptarlos a las normas de la cultura dominante. Este mecanismo socializador complementa la acción de domar, de dar un señor (*domine*), de sujetar a un dominio. Domar y domesticar constituyen, pues, acciones complementarias.

El citado oficio de Ellauri dirigido a Rivera, "Presidente de la República en Campaña", no deja lugar a dudas acerca de dicha intención: "Con la mayor satisfacción ha recibido el Gobierno la nota del 13 del corriente en que S.E. el Presidente de la República le comunica la remisión de las familias charrúas a esta Capital con el obgeto que las personas que las componen sean repartidas entre el Vecindario de este departamento a fin de conseguir su domesticación. Esta medida es la única que restaba a completar el éxcito de la expedición sobre los salvages, y que acreditara siempre la prudencia con que el Exmo. Sr. Presidente ha procedido sobre el particular". Muerte no, reparto sí: ese era el lema pragmático que consagraba una costumbre española acorde con la misericordia cristiana aunque no con el imperativo antropológico de la identidad cultural. Tal procedimiento procuraba, en efecto, destruir los lazos tribales, acabar con la etnia, ahogar en las aguas de la civilización occidental las rebeldías y las afectividades indígenas.

La repartija

El Ministerio de Guerra dispuso en una nota del 3 de mayo de 1831 el procedimiento para la distribución de los prisioneros entre quienes los habían solicitado previamente, según una lista donde constaban sus nombres. A nadie se le daría más de uno, "pero al que le corresponda chicuelo o india joven sin hijos de pechos, será obligado a llevar una de las Indias viejas, que son pocas. El que no estuviere contento con lo que le quepa en suerte, pase al siguiente en orden, y así sucesivamente. A todos se les explicará que deben obligarse a tratarlos bien, educarlos y cristianarlos: que no podrán obligarlos a permanecer en sus Casas por más de seis años, excepto los chicuelos que será en los varones hasta los 18 años, e igualmente las hembras si antes no toman estado".

Al margen de la repartija de las "Chinas con crías o sin ellas" entre los integrantes del patriciado montevideano que figuraban en las citadas listas, llueven los pedidos de las personalidades del gobierno, quienes procuran obtener servicio gratuito en sus hogares. Ellauri solicita para doña Agustina Rivera "un chinillo y a la primera la Madre una china mocetona aunque sea de las que están criando. Para mí escójame dos chicuelas como de ocho a diez años que por la mañana a las ocho mandaré por ellas antes de la bulla". Dicha "bulla" no era otra cosa que el público reparto, a realizarse en el patio del Cuartel. Quien no se quedó corto en pedir fue el Mayor Britos de la Secretaría de Guerra, a quien se le entregaron "nueve charrúas barones y cinco mugeres de los de edad de cuatro a doce años".

El General José Rondeau, desde San José de Flores, Provincia de Buenos Aires, escribe el 27 de mayo de 1831 una carta al General Julián Laguna donde expresa: "Le felicito por los buenos resultados de su Campaña especialmente por la estinción de los bárbaros que tanto perjuicio causavan al Estado: si hubiera savido en tiempo era Usted el conductor de la Chusma le hubiera dicho me apartara un chino de doce años poco más o menos pero ya jusgo cerá tarde".

Los archivos nacionales conservan los múltiples pedidos de quienes procuraban sacar por la ventana a los "chinitos" y "charruitas" que irían a engrosar la turba africana de servidores domésticos, de mandaderos, de mancebas, de gente ínfima condenada por la grafohistoria, aquella escrita al modo de Hegel, al ninguneo del olvido.

Una voz clamando en el desierto

La opinión general de la época, reflotada por Zorrilla de San Martín en *Tabaré*, suponía que la indiamenta charrúa estaba desprovista de sentimientos humanos. Estos eran un don exclusivo de

los seres civilizados: los aborígenes no padecen hambre ni frío, no se profesan amor entre sí, atienden a sus crías en el puro nivel zoológico; son, en definitiva, meros animales. En consecuencia, a la generalidad de las personas beneficiadas por el reparto de mujeres y niños no le resultó extraño que las madres fueran separadas de sus hijos, incluyendo los lactantes. Pero hubo algunas voces de protesta –trasuntos avergonzados de la mala conciencia– que las páginas de *El Universal* transmitieron a la memoria de la posteridad. En la edición del 7 de mayo de 1831 "Unos que tienen Chinas cuyos hijos les fueron inhumanamente quitados" dirigen al editor del diario una carta entre grandilocuente y lacrimosa cuya intención filantrópica, empero, va más allá de la sentimentalina que la impregna: "La humanidad es la que nos obliga a dirigirnos a V. para que por su periódico sea intruído el Gobierno del estado lastimoso en que se hallan las infelices madres de los desgraciados chinitos repartidos en el cuartel de Dragones el Martes último. Varias personas, entre ellas nosotros, hemos tomado indias mayores, más por socorrerlas de su desamparo que por gozar de su posesión. Estas desdichadas, contra toda consideración, contra la humanidad y la religión y opuesto a todo cuanto exista, han sido despojadas del modo más bárbaro de sus inocentes hijos. No hay corazón que pueda soportar el objeto de ver una de aquellas infortunadas llorar las horas enteras, clamar por sus chiquillos y a veces hasta arrancarse los cabellos... Arrebatar a una madre el hijo de sus entrañas... es irresistible, y sólo un alma feroz puede complacerse en esta desgracia... Considere el padre de familia, considere el mismo gobierno el golpe agudo que sufre una de aquellas infortunadas, después de perder su marido en el combate, y quiera sus hijos caminar 40 o 50 leguas a pie y que por fin de sus desdichas, se le da un amo y se le arranca de los brazos el único objeto de sus caricias...".

El pedido de reconsideración y clemencia no prosperó. El etnocidio estaba en marcha. Algunas infelices escaparon y fueron atrapadas; otras, convertidas en mendigas, fueron segadas

por el hambre y la tuberculosis; las que tuvieron más suerte huyeron al campo ("son muchas las que han fugado en esta capital", comprobaba Ellauri); hay testimonios de niñas cruelmente castigadas que buscaron refugio en otros hogares, supuestamente más benignos. Los "chinitos", habitantes de los rincones de las cocinas, encargados de barrer patios y limpiar caballerizas, manos, brazos y cuerpos para todo quehacer, fueron creciendo al amparo de las rígidas tradiciones determinantes de la "limpieza de sangre" y el régimen de castas. Servidores de por vida, ninguno de los charrúas de tal modo destribalizados y etnocastrados tuvo epitafio ni flores en la fosa común donde los sepultó la muerte de su mundo y el olvido de su paso por la tierra. No obstante la simiente genética no murió. Los descendientes de los que ganaron el monte al precio de acriollarse y de los humillados prisioneros se diseminan, tenuemente, a lo largo y a lo ancho de la República. Hoy los estamos rastreando, colmados de vergüenza, casi con desesperación, alumbrando con la antorcha de su memoria la desvaída estatua de nuestra identidad.

XI. El marinero Ramón Mataojo

La grafohistoria, es decir, la narración escrita de los acontecimientos del pasado, tiene un radio menor que la antropohistoria, la historia de los hombres, o, si se prefiere, la demohistoria, la historia de los pueblos. Así debe ser, puesto que el historiador resume el suceder temporal de nuestra especie, convierte los fenómenos sociales en hechos y al cabo trata de descubrir las líneas maestras que otorgan sentido a la multiplicidad de los sucesos, a la trama de las conductas, al vaivén dialéctico que vincula las causas con los efectos. La historia vivida por los hombres, o sea la *res gestae* es abreviada e interpretada por la narración escrita, la *rerum gestarum*, y ésta siempre resulta ideologizada, maleada, recreada, en suma, por el historiador. Y tal evocación es solamente posible en el caso de que aquella se conozca. A todos nos consta que existen inmensos trechos de la historia humana total y penumbrosos tramos de la crónica lugareña puntual que han sido devorados por el olvido.

Sobre la suerte de los charrúas encarcelados luego de las acciones de Salsipuedes y Mataojo se sabe poco o nada, puesto que ni los documentos de la época ni la tradición oral nos proporcionan informaciones sobre sus vidas y destinos. No obstante el designio de embarcar a los prisioneros para expurgar al país de esa "plaga" –según escribió Bernabé Rivera–, la historia *rerum gestarum* solo ha sido explícita sobre la suerte corrida por cinco indígenas. Uno fue Ramón Mataojo, el charrúa convertido en marinero *malgré-lui*, quien, luego de varias travesías, murió a bordo y su cuerpo, minado por la tuberculosis, fue arrojado al Mar Mediterráneo. Los otros cuatro fueron trasladados a París por Francisco de Curel, un capitán del ejército francés, Caballero de

la Legión de Honor, maestro improvisado en Montevideo y malandrín habitual en los dos mundos, quien exhibió a los desventurados prisioneros como si fueran animales y luego los dejó librados a su suerte. Ambos episodios, pese a las constancias que existen sobre la última etapa de la vida de sus protagonistas, son conocidos de un modo harto superficial por los uruguayos. De Mataojo y su odisea en ultramar casi nadie se acuerda; en cambio, Guyunusa, Vaimaca-Perú, Senaqué y Tacuabé se han convertido en un estereotipo tan vacío como memorable. Hoy día, aquellos desterrados se inmovilizan, mudos y sordos, en un monumento donde varios escultores, al alimón, congelaron en el bronce la inmortalidad de cuatro fantasmas que posan, interminablemente, para los escolares y los turistas.

Después de Salsipuedes

El indio Ramón Mataojo, cuyo nombre indígena se desconoce, recibió por apellido el toponímico con el que se designaba el arroyo donde Bernabé Rivera les dio el golpe de gracia a los charrúas. Esa operación fue el complemento y remate de la que el tío Fructuoso (y no hermano, como creen muchos) llevó a cabo en Salsipuedes, o Cueva del Tigre, según las mentas de mi familia paterna afincada en Buricayupí. Luego de esta famosa encerrona habían ganado las cuchillas alrededor de cien charrúas, contando con los que no habían acudido a la cita. Los indios, sorprendidos y ofendidos, llenos de rabia y deseos de venganza, se refugiaron en lo más hondo de las quebradas; no obstante, Bernabé los persiguió noche y día, enviando "vicheadores" o "bomberos", recogiendo caballadas, de las que andaba muy escaso, pernoctando a la orilla de los arroyos que con las lluvias invernales "están por acá como mares", picando tabaco con sus hombres durante las vivaqueadas –había solicitado por escrito el envío de los "nacos" –, pues chicarlo es "el

único consuelo que tienen para hacer frente a las eladas que por acá no escasean".

Bernabé notifica a Fructuoso que "es terrible la pintura que me hacen de la escabrosidad de los parages en que se abrigan". Entretanto, el General Laguna moviliza tres partidas desde Carumbé, Buricayupí y la Horqueta del Queguay –una de ellas comandada por mi antepasado el Capitán José Marote– para descubrir "los salvages y obligarlos a abandonar sus bretes", pues con dicha maniobra "se priva al enemigo de las ventajas que de otro modo lograrían con su conocida táctica de variar continuamente de rumbo en sus marchas". Luego el General agrega que si bien no se sabe con certidumbre "el parage donde se hallan los Indios, se supone que existan por los Molles u Blanquillos, donde a favor de los inmensos Chilcales pueden permanecer ocultos". Y a continuación expresa: "tampoco puedo decir nada sobre su verdadera fuerza, aunque creo no exceda de sesenta hombres de armas". Entretanto Bernabé, a quien casi había llevado la correntada de una cañada súbitamente crecida, sigue soltando sabuesos. La llegada de Lorenzo el Baquero lo reconforta: le ha prometido encontrar a los charrúas y el hasta ahora chasqueado Bernabelito cree que "lo hará": "V. sabe que es alarife para esta clase de correrías, aunque los malbados Charruas parece que se han sepultado porque no hemos podido tener la más pequeña noticia de ellos".

El trabajo de los "bomberos" al fin dio su fruto. Los charrúas fueron sorprendidos, y tanto, que la matanza fue mayúscula y la fuerza represora no tuvo bajas, o por lo menos nada se dijo sobre el punto.

Dos versiones sobre la celada del Mataojo

La acción del Mataojo, otra encerrona, tuvo lugar durante la madrugada del 17 de agosto de 1831. En su parte de guerra

dice al respecto Bernabé Rivera: "En la barra de Mataojo grande con Arapey es donde se habían ocultado los Salbajes para de allí hacer sus correrías, siendo éste el lugar más escabrozo que sin duda hai en el Estado. Pero aquella situación tan bentajosa de nada ha podido servirles por que perseguidos con el mayor encarnesimiento por lo mas espeso de la Montaña, ha llegado a ser el resultado de mis operaciones: el que muriesen quinse Ynfieles inclusive dos Casiques de los más perbersos, tomarles beinte y seis hombres, y sincuenta y seis personas más, entre chinas y muchachos de ambos cexos. Según la relasión de los que se han tomado, han escapado dies y ocho hombres, ocho muchachos de siete a dose años y cinco chinas de bastante edad". Pese a la perfección y celeridad de la maniobra la red fue rota en uno de sus puntos débiles y por allí escaparon, con el consiguiente disgusto de Bernabelito, un resuelto puñado de guerreros jóvenes que arrastraron consigo un despavorido remolino de niños y mujeres viejas. El Coronel, no obstante la victoria obtenida, está descontento. No oculta su disgusto y se lo hace saber a su Superior, el General Julián Laguna: "ha sido presiso trabajar muchísimo y balerme de todos los resortes que he podido tocar para esterminarlos pero no me ha sido posible el conseguirlo, y aunque dejo algunas partidas por acá creo muy difícil el que puedan agarrarlos porque en los montes son peores que los gatos, y sólo podrá conseguirse cuando buelban a juntarse". Tenía razón Bernabé: volvieron a juntarse poco tiempo después, pero esta vez no pudo "agarrarlos": cuando se rehicieron para emprender la marcha definitiva fuera del país, norte arriba, en la misma frontera acabaron, de modo sorpresivo y fulminante, con la vida del avezado caza-indios. Los charrúas, comandados por Sepé, huían a todo galope, perseguidos por Bernabé y los suyos. Tenían mejores caballos y cuando advirtieron que los de sus adversarios ya no daban más juego, pegaron la media vuelta –el volver caras es una vieja artimaña de los lanceros ecuestres– y car-

garon sobre la partida. De tal modo encontraron la muerte Bernabé, el comandante Bazán, el alférez Viera y nueve soldados más. La revancha de los charrúas, que ya lo habían perdido todo menos el coraje, tuvo lugar un 20 de junio de 1832 en el pedregoso potrero de Yacaré Cururú.

El otro documento sobre la acción de Mataojo, acerca de la cual y la anterior, la de La Cueva del Tigre, un anciano charrúa participante en ambas proporcionó detalles a mis abuelos paternos que lo recogieron en su casa de Buricayupí, donde Tiburcio murió no sin antes legar a la memoria familiar una estremecedora crónica sobre su vida y la de sus hermanos de raza, pertenece a la exultante pluma del maestro José Catalá. Este incondicional riverista, desde el mirador urbano de "Sandú", mi natal ciudad de Paysandú, escribe a Gabriel A. Pereira una entusiasta misiva que no tiene desperdicio, tanto para el historiador cuanto para el lector común que se anime a descifrar las entrelíneas.

La carta, fechada el 23 del frío y lluvioso agosto de 1831 dice así: "Viva la Patria. Viva el Coronel Rivera. Ya estamos libres de nuestros principales enemigos. El 17 por la madrugada sorprendió a los Charrúas el Coronel Rivera en la Barra de Mataojo. Seis indios que habían escapado de la refriega los hizo buscar por el Cacique Polidorio quien los trajo al instante. Ni uno solo ha escapado del lazo maestro que les armó este esperto Gefe. Según asegura un peón de Canto que estubo entre ellos cuando fue a llevarles reses para comer, son unos cuarenta de pelea y unos ochenta entre viejos, muchachos y mujeres". Entre los hombres de pelea prisioneros se hallaba un lancero cuyo nombre indígena, en recuerdo a la acción, fue cambiado por el de Ramón Mataojo. Este es el personaje cuya corta aventura ultramarina y triste cuanto solitaria muerte serán el tema de la narración que sigue.

Un marinero a pesar suyo

Como ya se dijo, el Gobierno uruguayo deseaba sacar fuera de fronteras a los prisioneros indígenas adultos que consideraba peligrosos. No los fusiló públicamente ni los torturó subrepticiamente hasta acabar con ellos. Proclamó su clemencia condenándolos al ostracismo: el indio bueno es el indio expulsado, o, mejor, el indio embarcado y convertido en marinero.

Esa fue la suerte que le tocó a Mataojo, cuyas andanzas han sido registradas por la historia menor de la *piccola gente.* Mataojo fue embarcado en Montevideo el 16 de enero de 1832 y llegó al puerto francés de Tolón el 19 de abril, justo en la misma fecha del inicio de la Cruzada Libertadora de 1825. Sabedor del propósito de las autoridades uruguayas, el teniente de navío Louis Marius Barral, quien no era un simple capitán de barco mercante, había embarcado al pobre Mataojo, marinero de la noche a la mañana, en *L'Emulation*, una pequeña gabarra (voz que se origina en el vascuence *kabarra* o el griego *kabaros*, cangrejo) surta en el puerto de Montevideo.

Dicho navío había desempeñado una misión oceanográfica en las costas del Brasil y realizado un relevamiento de los fondos del Río de la Plata. Barral era, pues, un marino de escuela y un científico a un tiempo. Sus propósitos están expresados en una nota dirigida al Ministro de Marina de Francia: el indio Mataojo constituía un ejemplar antropológico raro, cuyo estudio podría interesar, así lo suponía ingenuamente, a los académicos parisinos. La misiva de Barral, que a continuación traduzco, es por demás elocuente y merece ser glosada con una amplitud de la cual ahora no dispongo: "Estando yo en Montevideo en la época de la última expedición del General Fructuoso Rivera contra la nación indígena de los charrúas pensé que quizá complazca a su Excelencia ofrecer al Ministro del Interior uno de los individuos de esta nación, escogido entre aquellos que fueron hechos prisioneros. En consecuencia, solicité y obtuve del Gobierno de la República de la

Banda [*sic*] Oriental del Uruguay un indio charrúa de 18 a 20 años de edad, y lo embarqué en *L'Emulation* el 15 de enero, víspera de mi partida hacia Francia. Él se encuentra ahora en Tolón a disposición de vuestra Excelencia. El indio Ramón Mataojo, así denominado en razón de haber sido tomado prisionero en las riberas del Mataojo Grande, está casado con varias mujeres. Al llegar a bordo se propuso rechazar todo alimento para forzarme a traérselas al navío. Hablé de inmediato sobre esto al Capitán Versillac, quien había efectuado las gestiones necesarias para el embarco de este indio; me disuadió diciéndome que el amor de los charrúas hacia sus mujeres era poco durable. En efecto, durante los siguientes días Mataojo comió y pareció acostumbrarse a su viudez. Como está lleno de parásitos le hice rapar, lo que pareció contrariarlo extraordinariamente. Hubiera deseado conservar las ropas y, sobre todo, los harapos que malamente cubrían a Mataojo, pero una consideración semejante a la que me había decidido a sacrificar su cabellera, me decidió a hacer lo mismo con su vestimenta. Lo vestí entonces con los uniformes de a bordo. He traído hasta Francia, señor Ministro, una lanza tomada a los charrúas. Me ha sido imposible procurarme un arco, un juego de boleadoras y flechas de esta nación salvaje".

Tras la aparente objetividad de la descripción, el estilo en que está redactada destila un incontenible desprecio, una zumbona burla. Pero a continuación, sin decirlo expresamente, revela que Ramón Mataojo es un hombre fornido, perteneciente a una raza de gigantes: "Encuentro gran conformidad entre la corpulencia y figura de los charrúas y la de los indios de la Tierra del Fuego [los onas, sin duda, representantes de los patagones meridionales] que condujo a Inglaterra el capitán King. Si yo creyera lo que dice Mataojo, éste gustaría de la carne humana y su nación sería antropófaga al igual que los indios de la Tierra del Fuego". Ni los charrúas ni los patagones eran antropófagos: la antropofagia es el cuco con que los hombres blancos asustan a sus niños y emponzoñan a sus ignaros

gobernantes. La antropofagia constituye una espantosa práctica: *ergo*, los civilizados deben borrar a sus adictos de la faz de la Tierra. A continuación agrega que cuando Mataojo se encuentre en París y pueda expresarse con claridad en francés se conocerá mejor a su tribu y esa "será una preciosa contribución para la historia natural y para la del hombre en particular". Pero como se verá luego, el desventurado Mataojo no llegó nunca a París ni pudo descubrir el rostro de la *douce France*: al Ministro no le interesó un comino la presencia de este salvaje americano y la historia natural y la humana siguieron su marcha, sin dignarse a incorporar las erráticas "nociones" que les hubiera podido transmitir un indio bruto y piojoso.

Lo que vale conocer, empero, son las anotaciones efectuadas por Barral sobre la conducta de su pupilo durante la travesía: "El indio charrúa Mataojo mostraba un gran contento al divisar los navíos en lontananza, y era el primero de nosotros en hacerlo [claro está, los charrúas poseían una vista de águila, infinitamente superior a la de los europeos]. Nunca quiso trabajar y cuando se le obligaba se ponía a llorar mientras exclamaba: soy pobre [lo mismo respondió a Darwin un gaucho preguntado sobre la razón de su haraganería]. Comía la carne cruda con avidez; cobró gran amistad hacia el contramaestre y tuvo muchas veces curiosidad por conocer sus órganos sexuales; creía que le hacía un cumplimiento al decirle que se casaría con su mujer al llegar a Francia; a menudo preguntaba si había caballos en nuestro país". Barral hizo llegar un informe sobre Mataojo a varios diarios franceses. Estos, salvo tres, no se interesaron por el singular marinero. No obstante, lo que dice el Comandante merece un análisis crítico; el etnocentrismo europeo y la ironía racista que en él campean pintan de cuerpo entero, más que al indio-objeto, al sujeto que solamente percibe lo que sus sentidos le permiten ver a través de las gafas del prejuicio.

Retrato del charrúa Ramón

Según la nota "científica" de Barral, Mataojo "es un hombre de estatura media, de una robustez proporcionalmente más grande y todos sus miembros son la viva imagen de la fortaleza; su cutis es castaño claro, sus cabellos son negros, lacios y grasientos, llenos de piojos; tiene los pies pequeños, las manos menudas y muy lindas, la cabeza ancha y el rostro macizo con aspecto de hinchado; la extrema prominencia de los huesos de las mandíbulas le dan ese aspecto. Su nariz es pequeña, achatada [*camus*] y apenas sobresale de la línea que une los pómulos. Este salvaje posee ojos pequeños, sombreados por cejas espesas, y una vista extremadamente fina. No tiene barba ni vellos en ninguna parte de su cuerpo. Ramón, que estaba casado con cinco mujeres, prisioneras de guerra en Montevideo al igual que él, comprende y habla un poco el español; no habiendo podido obtener que se embarcaran sus cinco mujeres, pasó los primeros días de la travesía en una apatía absoluta [*une impassibilité remarquable*]. Cuando se le contrariaba lloraba a veces y decía que era pobre. Poco a poco se fue familiarizando [con la tripulación] y al fin se decidió a sonreír. Este salvaje vistió sin reparos la vestimenta que se le dio en cambio de dos miserables fragmentos de poncho que apenas lo cubrían. Más le costó acostumbrarse a los zapatos; su forma de caminar provocaba una hilaridad de la cual no se ofendía. Ramón Mataojo debió acostumbrarse a vivir a bordo, donde hizo gala a veces de ciertas veleidades antropofágicas: un día dijo seriamente a un grumete imberbe y lozano que sería un bocado excelente, y confesó confidencialmente a varios hombres de la tripulación que él, Ramón, había matado y engullido diez blancos. Acariciaba la idea de que al desembarcar en Francia tendría, como se le había prometido, mujeres y caballos; su espíritu previsor no iba más lejos de eso. Ramón Mataojo decía tener veintinueve soles, que él contaba con sus dedos...".

Los franceses se tragaron las bravatas del charrúa socarrón. Mataojo sacaba pecho ante los horrorizados camaradas de a bordo y se ufanaba de sus hazañas canibalescas, que bien sabía inexistentes. Pese a los ofrecimientos de Barral, ni los académicos, ni los museos, ni el público, tuvieron interés en conocer al salvaje sudamericano. Debió permanecer embarcado, siempre en el puerto de Tolón. Una corta enfermedad lo obligó a bajar a tierra, pero sus celadores no lo encaminaron hacia el prometido harén ni al rodeo de potros: marchó derechamente al hospital y de allí, a la semana, retornó al navío. Curado o no de su mal fue, esta vez sí, implacablemente obligado a desempeñar las duras tareas del marinero raso. Siempre en el Mediterráneo, navegó hacia Argel, hacia Nauplia, hacia Navarino, incapaz de sentir el menor asombro ante la belleza de las costas y las islas, con el alma mordida por la nostalgia, cada vez más insoportable. Hasta que su dolencia recrudeció y una tisis galopante, sin duda, acabó con el otrora temible lancero. No fue enterrado en la cima de un cerro, en una tumba de piedra, ni el flete favorito pudo acompañarlo en su último viaje. Su cuerpo fue arrojado a las aguas, según la usanza marinera, el 21 de setiembre de 1832. La ceremonia se celebró sin mayores formalidades en la madrugada de un húmedo otoño, acuchillado por repentinas ráfagas de viento frío y cortante. Y así acabó la vida del charrúa Mataojo, que no llegó a cumplir los treinta soles.

XII. En el jardín antropológico de París

Uno de los episodios más dolorosos de la historia de la nación charrúa es el de la suerte corrida por los cuatro indígenas llevados a París. Conocida la voluntad de expulsarlos, puesta de manifiesto por el Gobierno uruguayo, François de Curel, el aventurero y embaucador francés al que me referí en el anterior capítulo, solicita a las autoridades permiso para llevar consigo, en su regreso a Europa, cuatro charrúas para "presentarlos a S.M. el Rey de Francia, a las sociedades científicas y a otras personas de distinción e ilustración". El Gobierno nacional aprueba gustosamente este pedido "considerando cuán perjudiciales son al país los Indios Charrúas por sus malos hábitos e inaplicación al trabajo". Luego de un corto trámite, dado que hubo algunos cambios en la elección de los prisioneros que serían conducidos a Francia, el 25 de febrero de 1833 parten en el bergantín *Phaeton* el empresario Curel y su familia con el correspondiente equipaje, en el que incluyen cuatro charrúas y dos ñandúes.

Nadie se ocupó en Montevideo de comentar este nimio suceso. El tema de los charrúas ya no interesaba, salvo a los sufridos sobrevivientes de aquella etnia.

Un cuarteto de presos políticos

Los escogidos para integrar el cuarteto de "salvajes" que serían exhibidos como animales exóticos en la Ciudad Luz no eran propiamente cimarrones. Además de su lengua, hablaban el español, el portugués y el guaraní. Algunos de ellos –quizá Tacuabé– no poseía en toda su pureza los rasgos somáticos de

un charrúa genuino, pues las mezclas interétnicas e interraciales abundaban en aquel ir y venir de hombres y de pueblos que se misturaban en el crisol de la Banda Oriental. El cuarteto finalmente elegido estaba integrado por tres hombres y una mujer. Los hombres eran Vaimaca-Perú, Senaqué y Tacuabé. La mujer se llamaba Guyunusa. Laureano Tacuabé y Micaela Guyunusa, ambos bautizados en Paysandú, y quizá también nacidos en pagos del Queguay, fueron padres de una niña, cuyo parto pudo ser presenciado y descripto por testigos franceses. Estos quedaron admirados ante los procedimientos usados por Guyunusa y su asistente Tacuabé, y, más tarde, sinceramente conmovidos al comprobar la ternura demostrada hacia la niña recién nacida por quienes eran considerados como seres insensibles y brutales. Hubo, en consecuencia, cinco charrúas en París: cuatro de origen uruguayo y uno de ocasional cuna europea. La historia nos ha legado una detallada narración de la enfermedad y la muerte de tres de ellos. En cambio nada se sabe sobre el destino de Tacuabé y su hijita, que finalmente huyeron. Asediados en el monte de la insolidaridad y el desamparo, quizá también supieron perderse, "como los gatos", en la espesura. ¿Sufrieron en el corto plazo la misma suerte que los otros, heridos por la enfermedad y la nostalgia? ¿O alcanzaron a sobrevivir y lograron desparramar su simiente en la matriz del pueblo? Una loca versión que llegó a mis oídos cuenta que Miterrand, cuyos altos pómulos y ojos achinados le confieren un aire exótico, se ufana de tener sangre charrúa... Sería extremadamente instructivo indagar el punto, Internet mediante.

El prontuario de los "salvajes"

En el Jardín Zoológico se exhiben las fieras a los ojos de los curiosos. Estas instituciones muestran también, ante quien sepa descubrirlo, los malvados instintos de envidia y revancha

de la humanidad, prisionera en las ciudades y, quizás por lo mismo, tributaria de rencorosas escalas de valores. La existencia de los zoológicos es una aberración que edulcoramos con la alegría dominguera de nuestros niños, aprendices de la crueldad de sus mayores, quienes indigestan con caramelos a los micos y contemplan, temerosamente, la resignada dignidad de los leones.

Una vez en París los cuatro charrúas son llevados a los Campos Elíseos donde, en un pequeño corralón de la *Allé d'Antin*, son instalados para que el público los contemple. El empresario Curel remite una invitación a los miembros de la Academia de Ciencias redactada en los siguientes términos: "Estos individuos forman parte de una quincena de prisioneros conducidos a Montevideo en junio de 1832. El Presidente de la República Oriental del Uruguay me ha permitido traer a Europa estos cuatro, escogidos entre los que más interés ofrecen por sus rasgos fisiológicos. El primero es un cacique temible; el segundo es un sedicente médico que, a la pretendida ciencia de la magia medicinal, une realmente el conocimiento de plantas curativas [*simples*] capaces de cicatrizar las heridas. El tercero es un joven y feroz guerrero, renombrado por su habilidad para domar los caballos salvajes; la cuarta es una mujer, compañera del joven guerrero. Estos cuatro individuos ofrecen vivientes modelos de la constitución física y los caracteres morales tan bien descriptos por el sabio autor de la *Historia natural del género humano* [J.J. Virey]. Ellos representan los verdaderos tipos de la Tercera Raza de hombres, denominada raza cobriza...". "Los cuatro charrúas han traído sus vestimentas habituales, sus armas y los pocos utensilios que utilizan en sus habitaciones nomádicas. Un toldo [o tienda de juncos], fabricado por ellos, será armado en el local cerrado [*enclos*] donde residen para que les sirva de alojamiento". El sábado 8 de junio los cuatro charrúas son exhibidos por vez primera y un diario, *El Tiempo*, se refiere así al hecho: "Estos hombres, pertene-

cientes a una raza tan extraña a nuestros climas y a nuestras costumbres, tienen un tinte de cobre rojizo, la cabeza casi redonda y los cabellos de un negro muy pronunciado. El cacique Perú, de cincuenta años, lleva sobre el cuerpo la cicatriz de un enorme sablazo que recibió en combate. A pesar de su aire grave y su gesto hosco, lo hemos visto sonreír ante el atuendo de algunas damitas que estaban presentes en la reunión. Tacuabé, el más joven de los tres hombres, presenta un aspecto bastante agradable; era conocido en su país por su talento para domar los caballos salvajes y los toros [*sic*]. Ha ofrecido, ante el grupo de espectadores, un ejemplo de su fuerza y de su habilidad para manejar el tiro de boleadoras y el lazo de los cuales se sirven para envolver y apresar a su enemigo. La joven se llama Guyunusa; no es bella; no tiene tampoco el tinte cobrizo de sus compañeros; se ha convertido en la concubina de Tacuabé, que tiene, al igual que ella, veinte años, luego de haber pertenecido al cacique Perú. Así lo permiten sus costumbres; se toma mujer y se la deja cuando ya no les conviene: no existe otra formalidad para el matrimonio. El cuarto charrúa se llama Senaqué: Constante y fiel compañero del cacique durante la guerra contra el Brasil, se destacaba por su bravura. Está herido en el pecho por un lanzazo, del cual se advierte la marca. Estos cuatro salvajes están casi desnudos y acuclillados alrededor de un fogón donde asan las carnes frescas que se les trae para su alimentación. Al principio se han sentido un poco desconfiados ante la presencia de 15 o 20 extraños. Sin embargo poco después se sintieron más cómodos y como entendían y hablaban bastante bien el español y el portugués pudieron responder a las preguntas que les formularon algunos de los visitantes".

También los académicos, con frívola negligencia, observan a los charrúas y –nada menos– desean conocer sus reacciones ante la música clásica. Los "auditores del desierto" se animaron vivamente al sentir los solos de flauta y trompeta. No

hubo mucho interés científico por los indígenas: Virey publicó un informe con las características de un libelo, disminuyéndolos casi al nivel animal; Larrey, más a tono con su condición de naturalista, escribió unas breves observaciones anatómicas sin mayor trascendencia.

Nacimientos y decesos

Pronto enferma y muere Senaqué. Su cuerpo fue llevado al laboratorio de anatomía del Museo, donde se le estudió a fondo. Camus, un interno de la *Maison Royale de la Santé,* describió su dramático fin, y lo hizo con una sensibilidad y congoja que emocionan. Cuenta que no murió de la hernia que le había provocado un lanzazo en la región epigástrica; atribuye su deceso, que se produjo rápidamente, luego de algunos síncopes, a una "fiebre de consunción" originada por "la desesperación, el tedio,y sobre todo el mal del país, este corrosivo flagelo que no da tregua ni reposo". Preguntado el pobre Senaqué sobre la localización de sus dolencias, contestaba: "*la barrica, la cabesta*". Rehusaba comer; en cambio pedía "*agua fresca*" –así dice el original en francés– y la bebía ávidamente. Vuelto contra la pared, mudo e impasible, "*il resta inmobile*", es decir, permaneció quieto, aguardando la muerte que pronto lo liberaría del horror del exilio, esa enfermedad del alma que hemos conocido muchos orientales de ayer y de hoy.

A los dos meses de la muerte de Senaqué nace la niña de la cual, desde el Uruguay, ya venía embarazada Guyunusa. El parto, asistido por Tacuabé, llamó la atención, como ya dije antes, a los obstetras franceses. El relato de Tanchou cuenta cómo la parturienta se asía de una cuerda para mantener las piernas flexionadas, mientras Tacuabé la sacudía como a una bolsa de papas. Esta maniobra –técnica del cuerpo diría Mauss– se conocía muy bien en nuestra familia: mi abuela María Marote

había visto a más de una india de las recogidas en la casa de su estancia de Buricayupí marchar hacia el arroyo Soto, acercarse a la orilla, tomarse, con ambas manos separadas, de las ramas de los sauces llorones que pendían sobre la ribera, dar a luz en cuclillas y de inmediato bañar sus criaturas en el agua fría. De tal modo las hacían sobrecoger y llorar con ganas para que expulsaran el meconio y entraran, a grito pelado, en la puta vida que les tocaría sufrir luego.

Hacia fines de 1833 muere Vaimaca-Perú, el famoso lancero de Artigas, y héroe en la reconquista de las Misiones. El Dr. Rivet lamenta no haber podido descubrir la narración de la circunstancia de su deceso.

Del corralón al circo

Prontamente Curel, un comerciante sin escrúpulos, vendió a sus cautivos al propietario de un circo. Este los exhibió y trató como animales. A chicote limpio, así lo testimonia Seguier, un académico y magistrado que verificó su miserable condición, son obligados Tacuabé y Guyunusa a representar ridículos e innobles papeles. El hercúleo Tacuabé, entre otros menesteres, levanta pesas. Y como plato fuerte, el trío de charrúas –padre, madre e hijita– es presentado en medio de la tropa de los otros animales, como bichos de primera categoría. Almas caritativas ponen a la justicia tras las huellas del empresario pero este se escabulle una y otra vez. En vez de ir a Estrasburgo, lugar donde sería detenido y despojado de sus presas humanas, *el barnum* se desvía hacia Lyon. Allí muere Guyunusa de tuberculosis en el Hôtel-Dieu. Ingresa el 22 de julio de 1834 y expira en el mismo día. Rivet observa que el inescrupuloso especulador entregaba agonizantes, y no enfermos –lo mismo había sucedido con Senaqué–, al ya imposible cuidado de la ciencia médica.

Finalmente, después de esta terrible pérdida, acaecida en el mes de julio de 1834, se desvanecen las huellas de Tacuabé y su niña. ¿Siguieron con el circo? ¿Escaparon? Y de ser así, ¿hacia dónde se dirigieron? ¿Habrán podido sobrevivir en un medio hostil, en un mundo extraño a los hábitos de una tribu nomádica, amante del aire libre, de los caballos veloces, de la plenitud de los horizontes abiertos?

Estas son preguntas por ahora sin respuesta. Pero las otras grandes preguntas, las que debemos hacernos hoy los uruguayos ante nuestras propias malas conciencias, requieren una contestación amplia, de orden ético y político, que por cierto va más allá de las investigaciones y consideraciones futuras que puedan publicarse sobre este triste asunto. No obstante, resulta imprescindible insistir en el tema. Un primer paso debe ser encaminado a la publicación del *dossier* completo donde se documente el cautiverio de los charrúas en tierra francesa. Un segundo paso, el más importante, debe reunir un equipo de estudiosos uruguayos para recopilar, comparar, anotar y editar todo, absolutamente todo el material que se haya publicado sobre la macroetnia charrúa, tanto en el Uruguay, la Argentina y el Brasil como en el resto del mundo. Ahora contamos con nuevas metodologías para obtener con celeridad las informaciones. Creo que constituye un deber patriótico asumir este desafío. Yo, por mi parte, con las fuerzas que me restan, pienso seguir adelante en este deambular, que ya lleva medio siglo, en pos de la trama de nuestra identidad nacional. Siento que detrás de mí empujan con incansable coraje, alentándome, los muertos y los vivientes de mi estirpe sanducera, gentes de armas tomar que siguen ardiendo, como un trasfoguero, en el rescoldo de mi corazón.

Obras del autor 1946-1996

Tomás Berreta. Apología de la acción. La Industrial. Montevideo, 1946 (agotado).

Esquema de una Sociología Rural Uruguaya. Ministerio de Ganadería y Agricultura. Montevideo, 1948 (agotado).

Hesíodo, el poeta de la tierra. Separata de la Revista Nacional, nº 123, Montevideo, 1950 (agotado).

La vida rural uruguaya. Ministerio de Ganadería y Agricultura, Montevideo, 1955 (agotado).

Sociología Rural. Salvat, Barcelona 1960, 2 vol. (agotado).

Universalismo y regionalismo de la cultura gallega. Banco de Galicia, Montevideo, 1961 (agotado).

Teoría del tango. Banda Oriental, Montevideo, 1964 (agotado).

Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo. Centro Paul Rivet, Montevideo, 1965 (agotado).

Caballos y jinetes. Pequeña historia de los pueblos ecuestres. Arca, Montevideo, 1967 (nueva edición corregida, Banda Oriental, 2006).

El rancho uruguayo (con diapositivas). El Pez de Plata, Montevideo, 1967 (agotado).

El paisaje uruguayo. El medio biofísico y la respuesta cultural de su habitante. Alfa, Montevideo, 1967 (agotado).

El tango y su mundo. Tauro, Montevideo, 1967.

Las Tierras del Sin Fin. (Enciclopedia Uruguaya) Arca, Montevideo, 1968.

El gaucho (Enciclopedia Uruguaya) Arca, Montevideo, 1968.

Poesía y campo. Del nativismo a la protesta. Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1968.

Tango y literatura. Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1968.

Ideología y realidad de América. Universidad de la República, Montevideo, 1968 (Quinta edición corregida y ampliada, Nuestra Tierra, 1990. Las ediciones anteriores se publicaron en Nueva América, Bogotá, 1981, 1985 y 1987).

Tipos humanos del campo y la ciudad. Nuestra Tierra. Montevideo, 1969.

El Gran Montevideo. (Enciclopedia Uruguaya). Arca, Montevideo, 1969.

El legado de los inmigrantes (coautoría con Renzo Pi Hugarte) Nuestra Tierra, Montevideo, 1969, 2 vol.

Diez mil años de prehistoria uruguaya. Fundación Editorial Amigos del Magisterio, Montevideo, 1970. Segunda edición corregida y aumentada, Colección Hernandarias, Montevideo, 1986; tercera edición, La República, 1992.

Colombia: ecología y sociedad. CINEP, Bogotá, 1976 (agotado).

El desafío ecológico. Las ciencias de la educación ambiental (coordinación y asesoramiento de la obra) Fondo Educativo Interamericano, Bogotá, 1982-1984, 4 vol.

Filosofía ambiental. Epistemología, praxiología, didáctica. Nueva América, Bogotá, 1986 (agotado).

Coca, cocales y coqueros en América andina. Nueva América, Bogotá, 1991; YOEA, Montevideo, 1991; tercera edición, 1994.

Colección Descubrimiento y Conquista. Los Cronistas de Indias. Selección, prólogos y notas. 28 tomos, La República, Montevideo, 1992.

Los muertos y sus sombras. Cinco siglos de América. Banda Oriental, 1993; segunda edición, 1994.

La despenadora y el C.T.I. Ceremonias de la vida, rituales de la muerte. Arca, 1994.

El juego y la condición humana. Notas para una antropología de la libertad en la necesidad. Banda Oriental, Montevideo, 1995; segunda edición, 1999.

El mundo de los charrúas. Banda Oriental, Montevideo, 1996, 6ª ed., 2006.

*Los cerritos de los indios del Este uruguayo.*Banda Oriental, Montevideo, 1996, 2ª ed., 1999.

El espíritu del carnaval. Graffiti, Montevideo, 1997. 2ª ed., Banda Oriental, Montevideo, 2000.

Filosofía ambiental. El ambiente como sistema. Nueva América, Bogotá, 1997.

La trama de la identidad nacional. T. 1 Indios, negros, gauchos, Banda Oriental, Montevideo, 1997, 2ª ed., 1998; T. 2 El diálogo ciudad-campo, 1998; T. 3 El espíritu criollo, 2000.

El Uruguay visto por los viajeros

T.1º *Paraná Guazú, el río como mar*. Banda Oriental, Montevideo, 1999.

T. 2º *Tierras de ningún provecho*. Banda Oriental, Montevideo, 1999.

T. 3º *La Banda Oriental entra en escena*. Banda Oriental, Montevideo, 2000.

T. 4º *La sociedad colonial*, 2002.

Un vuelo chamánico. Editorial Fin de siglo. Montevideo, 1999.

Desde el África negra. Capítulo inicial del libro *Los candombes de Reyes* de T. Olivera y Juan Antonio Varese. Ediciones El Galeón, Montevideo, 2000.

El rico patrimonio de los orientales. Banda Oriental, Montevideo, 2003; 2ª ed., 2003.

Índice

[illegible] ...
[illegible] de combates ...
[illegible] negra ...
[illegible] redención y sin historia"
[illegible] de las "chinas" [illegible]
[illegible] Ramón [illegible]
[illegible] antropológi[illegible]
[illegible] 1995



Setiembre, 2010. Depósito Legal Nº. 353-877 / 10
w w w . t r a d i n c o . c o m . u y

Colección

ppb

- *Breve historia de la dictadura*
  Gerardo Caetano, José Rilla
- *Caballos y jinetes*
  Daniel Vidart
- *Escritos en el agua*
  Carlos María Domínguez
- *El mundo de los charrúas*
  Daniel Vidart
- *Cuentos escogidos*
  Juan José Morosoli
- *Tiempo y tiempo*
  Líber Falco

A partir de testimonios orales, documentos escritos, y una rigurosa formación antropológica, Vidart estudia el mundo de los charrúas: una verdadera epopeya de hombres y mujeres que combatieron contra quienes procuraban quitarles su derecho a la vida y su concepción del mundo.



